This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

AL 1726.49.100

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

Eutimio Roldán

Rosaura Muñoz

México.—1903.

TIP. ARTISTICA.

Eutimio Roldán.

ROSAURA MUÑOZ

(NOVELA SURIANA)

IGUALA 1902

MÉXICO

TIP. ARTÍSTICA, 1ª REVILLAGIGEDO 2

1903

SAL 1726.49.100

HARVARD COLLEGE
MAY 23 1923
LIBRARY

Latin-American
Professorship fund

A mi querido hermano, el inspirado poeta José Antonio Rivera G., en testimonio de profunda y cordial estimación.

El Autor.

I

EN la Ciudad de los Bravos y en el barrio del Chapitel, donde hoy se yergue jactancioso el mesón de la Luz, con su angosto zaguán de claveteada puerta, pintada la fachada de amarillo y las pequeñas ventanas con rejas de madera, hallábase, no ha mucho tiempo, la célebre posada del tío Pedro.

Componíase de una salita de bajareque, desenladrillada, cuyo pavimento se empapaba en agua, de diario, para asentar la tierra suelta; con

el techo de palma, de grandes aleros y un corredor sostenido en nudosos horcones. El ajuar consistía en una mesa blanca de ocote, sobre la que se colocaba y encendía rara vez, por la noche, un quinqué con el depósito de hoja de lata, y que el desaseo, la mugre y el polvo de varios lustros, habíanla obscurecido y gastado en sus cantos; tres sillas flojas de asiento relajado; dos estampas religiosas en el fondo, sin cuadro, pegadas en la pared con cera de Campeche, desteñidas y pringadas de moscas, con algunas de sus extremidades al aire, roidas ya por la polilla; y una hamaca tendida á lo largo de la pieza.

A cierta distancia de la sala, un jacal derrengado, apabullado en la cubierta y acribillado en sus costados por los cochinos, utilizábase de cocina.

La cuadra, junto al seto, no era más que un corralón, formado de palopique. Allí, al sereno por las noches, y á los rayos del sol durante el día, se echaban al raso las bestias roñosas, soñolientas y que estando en los huesos, traían carga de las costas para los mercados del Norte.

Los ginetes y peatones se hospedaban en el corredor, y era caso extraordinario que alguien que pagase bien se aposentara en la estancia, que á la vez servía de alcoba con su tosca hamaca de ixtli.

Hacía el servicio de la casa un matrimonio original: varón y hembra sin prole, tuertos del ojo izquierdo. El, un jayán, indolente, zafio y descomedido, metía su cucharada en las charlas de los huéspedes, mayormente cuando se trataba de política; era un oposicionista rabioso al gobierno que regía. Ella nunca despegaba los

labios, ni para bien, ni para mal. Hacía los quehaceres domésticos, cerrado el morro, cabizbaja y lenta. Faltábanle algunos dientes y esto hacía que el labio superior se plegase á la encía. Pecosa de suyo y rugosa del cutis por los años, tenía el talante de una auténtica maritornes.

Se servía mal y se cobraba caro. Ya se ve, era la única posada del pueblo.

En la mañana del 20 de Octubre de 1878, seis personas tumbadas en el suelo y alineadas las cabezas contra el muro del edificio, roncaban en todos los tonos.

Una de ellas se incorporó bruscamente y llamó:

—¡Sacristán. . .! ¡Sacristán!

Un bulto en el ángulo del corredor se revolvió prontamente, arrojó el zarape hasta la mitad de su cuerpo y sentándose semidormido, respondió:

—Señor...! ¿Ya?

—Son las dos de la mañana—observó el que llamaba,—recuerda á Chico, echen pastura y maíz y en seguida ensillen.

Y volvió á cubrirse la cara con el cobertor, seguramente con intención de reanudar el sueño interrumpido.

—Voy.... voy....brrr....—musitó el criado.

Llamábanle Sacristán, por remoquete, al mozo de estribo, un indio de pura sangre, un si es no es ladino y charlatán, demasiado inútil, de cuarenta y seis años aproximadamente, pues su rostro lampiño, enjuto é insignificante, no definía la edad. Se calzó sus zapatos bayos que ató con anchas correas, apretó las cintas de sus calzoncillos, bostezó persignándose la boca, y envuelto en su *muzga* fuese al corral á poner en obra las

órdenes del que aparecía como jefe de aquel grupo.

Sonaban los tres cuartos para las tres en el reloj de la Parroquia, cuando montaban cuatro de los que formaban en la expedición. El criado de á pie, Chico Valor, descendiente legítimo de Axayacatl, pintorreado profusamente del cuerpo, sin un pelo de barba, de color atezado y ya viejo; y otro, compañero al parecer de los ginetes, se hallaban desmontados, apoyándose el último en un bastón.

—Tú, Sotero,—expresó cariñosamente el que encabezaba la partida, el mismo que despertó á Sacristán—te remudarás en el camino con Basiliso (dirigiéndose al compañero de á pie) ya ves que no hay caballerías para todos, hermano.

—Qué importa—objetó el del bastón—¡Arreen!

Y salieron todos, uno tras otro, camino de los Puentes.

La mañana era clara y húmeda. En el cielo cintilaban radiosas las estrellas. Ningún ruido interrumpía la calma que adormecía Naturaleza. Una brisa fresca venía del Norte. Envueltos hasta los ojos con el abrigo, comenzaron á flanquear el monte. El sendero calcáreo y guijoso, con sus ángulos agudos y sus curvas dilatadas, serpentoaba entre palmas que balanceaban sus abanicos á impulso de las rachas; y á veces, se ocultaba entre el césped y los matojos, allá en el fondo de los barrancos.

Dos horas después el canto de los gallos, el mugir de las vacas y algunas que otras lucecillas que brillaban adelante y á intervalos como fuegos fatuos, hacían presumir la cercana presencia de un poblado. Y era verdad. A poco atravesaban el case-

río de Zumpango, pasando de largo para internarse en la cañada.

Las primeras luces del Oriente fijaron una mancha clara y brillante, con tonos de grana, en el horizonte, y comenzaron á opacarse las estrellas.

—¡Demonio!—exclamó el que caminaba á pie, tras de las cabalgaduras y delante del peatón.—¡El caballo de Basiliso es colituerto! mal presagio. . . . No le monto, nó!

Pararon todos sus caballos, rodeando á Basiliso, un joven chaparro y regordete, de veinte años de edad, rojo como un pimiento, con un bozo bermejo sobre el labio superior y algunos vellos azafranados en los carrillos, á guisa de patillas: de mirar cándido y con la boca de labios carnosos, siempre sonriente.

—¡Famoso jamelgo!—gritó el jefe mirando el ginete y el caballo alter-

nativamente—Traes contigo un tesoro, manís!

Una risa general á la que secundó el que respondía por Basiliso, sonó en la hondonada, repercutiendo el eco los montes.

—Y además gacho—tirando de una oreja del animal,—apenas pudo decir, por la risa que le embargaba, el otro de la comitiva que hasta entonces no había desplegado los labios, Nacho Quijano, un mozo de la misma edad cuasi que la de Basiliso, gangoso, canijo, picado de viruelas, con el pelo híspido, y abundoso como de escobillón, la boca lujuriosa, una nariz de Borbón y los ojillos malignos, pequeños y verdosos de gato montés.

Otra risotada incisiva y prolongada.

—Vamos.... y tú?—le apostrofó Basiliso, llevándose las manos á la

panza.—Jí, jí, jiií; no gastas estribos, un mecate.... y ¡hala! Jí, jiií; Otra: tu silla es de dos cabezas..... tiene dos vistas.... si te volteas enfrenas la cola y adelante.... jí, jí, digo, atrás.

Vuelta á la carcajada en coro.

—¿Y éste?—continuó aludiendo al que dirigía la expedición; un cuarentón de color cobrizo, complexión recia, voz gruesa, bigote de sargento y mirada de bandolero; pero de expresión dulce y de un corazón valiente y generoso;—no usa más que bosalillo.... mirad el vaquerillo, já, já, já; ¡qué luengas guedejas! ¡Y trae un gallo por pistola!

Era tan desbordante la alegría provocada por los equívocos y la sátira, y tal el gozo que sentían en presencia del mutuo ridículo en que se miraban, caballeros en malejos rocines, ensillados con sillas de carga,

que uno se tendió de risa sobre el pescuezo de su jaco, otro contra la maleta de atrás, y el de á pie se tumbó panza abajo, patas al viento, sobre los guijarros del camino.

—Basta, pues,—expresó Tomás, el mayor de todos;—caminen si desean desayunarse pronto.

A la voz de éste, riéndose aún, pusiéronse de nuevo en movimiento, uno tras otro, como habían salido de Chilpancingo: Tomás adelante; el peón, cerrando la marcha.

II

LOS personajes de este cuento, que han aparecido en escena, son cuatro estudiantes del Instituto Literario del Estado de Guerrero, pobres y de origen humilde. Sotero, Nacho y Basiliso, presentaron el mismo curso: quinto año preparatorio, Tomás estudia Derecho. Van caminito de sus lares á solazarse entre las dulces intimidades del hogar, buscando las inocentes distracciones del monótono villorrio y los esparcimientos de su corazón, no abierto aún á las

artimañas de la sociedad, ni conocedor todavía de las exigencias de una posición social. Creadores de quimeras y separados de la vida efectiva en su carácter de bohemios, sueñan en horizontes de luz, importándoles un bledo lo que en el mundo de la realidad suceda.

Van de vacaciones. Uno, con la firme resolución de requerir de amores á Juanita, su prima, que hace tiempo, desde niña, le demuestra singular cariño, ogaño acentuado por el vigor de la juventud; otro, pretende *inmente* reanudar las relaciones amorosas interrumpidas con la encantadora Rosaura, màs que por celos reales ó imaginarios, por la larga ausencia; el de más allá, acaricia la idea de hablar en serio á sus padres para que le despachen á México á emprender la carrera de médico que en los Bravos no está reglamentada; y to-

dos con la alegría juvenil de sus años, vehemente y sana, sienten latir apresuradamente el corazón al recuerdo de la tierruca, que en breves horas los albergará de nuevo.

Tomás es de Tierra caliente, los otros de Teloloapan. Sotero, el que sube por turno en la montura de Basiliso, es un niño todavía, apenas si cuenta con diecisiete años. Es nervioso, decidor y de talento claro. Pálido por las vigilias y desmedrado por el mal comer le trae al trote la loca de la casa: su imaginación fogosa y desbocada. Pergeña versos y rima odas patrióticas. En la clase es de los últimos, pero ¡qué importa! sus ensueños están cumplidos: volar perennemente en alas del Pegaso.

Serían las dos de la tarde cuando se enfrentaron con Venta Vieja.

Aquí pasó un desaguisado á Tomás, digno de mencionarse.

Hallábase en la única mesa del corredor, engullendo unos huevos fritos y unos frijoles *apozonquis*, como socorrido refrigerio de la fonda, una familia de buen ver.

La fatuidad y presunción de todo estudiante, las detestables cabalgaduras y arreos y lo mal trajeados que iban nuestros personajes, pusieron duda en su ánimo acerca del partido que debían tomar; si continuar la marcha ó apearse á comer. Rabiaban de hambre. Conferenciando al disimulo sobre el camino y á unos cincuenta metros de distancia de la posada, decidieron que el peón caminero se proveyera de los bastimentos que á la mano hubiese para despacharlos en el primer paraje que encontrasen con grata sombra y una fuente cristalina en que apagar la sed.

Repentinamente Tomás como al-

ma que lleva el diablo, y á todo correr del caballo que se desbocó mañoso, se introdujo en el corredor de la Venta. Dos jóvenes de la familia que allí comía, pusiéronse en pie, asustadas por aquella acometida súbita, con los platos en la mano y en ademán de llorar; los hijos menores de la ventera que, tumbados en el suelo en cueros vivos, jugaban con el barro, corrieron á la cocina aullando; salió la patrona al dintel y descargó un chaparrón de improperios y verbos sobre el infeliz intruso; los gozquejos, despertándose, ladraron; las gallinas que picoteaban en el estiércol, cacarearon; el gallo que iba en los *tientos* zangoloteándose en su cacaxtle, cantó; y en los corveteos el caballo tropezó con un cerdo que hozaba en un bache, y cayeron caballero y caballo. Por buena suerte ni al ginete ni al corcel, ni al gallo ni al

puerco, ni á las gallinas ni á los flacos canes, ni á la ventera y sus rapaces, ni á las damas que allí comían, sucedió cosa grave de mencionarse, salvo los cardenales y chirlos del primero, quien se levantó del porrazo con las ropas salpicadas de fango, y montando sobre los lomos del bruto, encaminóse, corrido de vergüenza, al grupo de sus compañeros.

Ya comprenderéis las bromas y epigramas de que fué objeto Tomás, á los que sólo contestaba con gruñidos, por el molimiento de huesos y lo bochornoso de la peripecia.

Al cabo llegaron á un lugar delicioso; en una curva redondeada del río se apearon, y en seguida de tomar un pisto los expedicionarios y un pienso los caballos que arrancaban el césped y despuntaban los cardos silvestres, no lejos del grupo, emprendieron de nuevo la marcha. Antes de

ponerse el sol rendirían la jornada en la orilla de acá, del río de los Lagartos.

—Oyeme, Sotero—dijo Nacho—tú no vas contento en ese caballo, eres supersticioso; además, anda mal. Vente á la grupa, ya ves que el mío es fuerte y manso.

—Gracias, hijo,—respondió Sotero con viveza y en tono de broma.—Aceptaría de buen grado, pero me temo que Basiliso se disguste creyéndose desairado—mirando á éste de soslayo.—Tal vez suponga que al obsequiarte le cometo una injuria á su caballería. ¡Dios me libre de ello! por otra parte, á él le privaría del gozo de estirar las cuerdas... ya ves, su obesidad necesita de ejercicio.

—Pues no es flojo ejercicio el que ya he hecho! No, vale, no me guardes tantas atenciones... jé, jé, acepta.

Rieron todos la ocurrencia.

Entre tanto atardece. En las crestas de los altos montes que flanquean la cañada del Zopilote, teñidas de oro viejo, tiemblan las hojas de los árboles al soplo del aura perfumada. En las pendientes de variada vegetación, á trechos blanquecinas por los desmoronamientos y á trechos cortadas á pico, ingentes moles de pórfido asoman su faz rugosa y salpicada aquí y allá de parásitas, al fondo de la barranca, en la que culebrea rápido y sonoro, sobre su lecho rocoso, el río de Zumpango. A esta parte surge de un abra un amate de tronco amarillento que extiende en el peñasco sus raíces como serpientes colosales y tiende su espesa copa en línea horizontal, amenazando desplomarse sobre el camino; á esta otra, las pitahayas y los órganos cilíndricos de finas púas, como cirios en procesión, corren á lo largo del derrum-

badero, sobre los ligeros accidentes del peñascal. Abajo, en la penumbra de profunda gruta, una res rumia lentamente echada sobre la arena, entornando sus gruesos párpados ante un enjambre de moscos que flota á su alrededor; otra, con el cuello tendido, corre la lengua por los pedruzcos y hundiéndola en las junturas lame deliciosamente el sarro. Y en la hondonada, los jarales, el espinar y tal cual árbol corpulento asombran el sendero.

Por todas partes que se mire se tiene encima la montaña. Sólo en la línea vertical, allá lejos, un trozo de cielo límpido envía á las profundidades su luz, en tanto que en el aire diáfano las huacamayas y gavilanes pasan chillando.

La atmósfera cálida abrasa en la vega y orea en cada curva del camino.

De vez en cuando cruje la yerba seca de la espesura al paso medroso de algún ciervo; en los macizos del ribazo los pericos y chachalacas pican en los racimos de los mezquites y en las chupandillas de los copaljocotes, y al caer los frutos sobre las aguas fórmanse círculos concéntricos que se ensanchan hasta la orilla. Allá, en las lindes del barbecho, una bandada de palomas, como fragmentos de granada que revienta, se desperdiga en todas direcciones, perseguida por el halcón; y aquí y allí, á uno y otro lado del camino, los troncos del bosque forman en alineación continuada.

A causa de las sinuosidades del terreno y de las veredas que á cada paso cortaban el camino de través, ó quizás por el descuido del Sacristán, nuestros caminantes se extraviaron internándose inconscientes en un ba-

rranco cubierto de una bóveda de follaje. Balanceando el de adelante los torcidos bejucos que colgaban, reíase de los de atrás que escurrían bruscamente el cuerpo para no ser golpeados en sus violentas oscilaciones. Los caballos enterrando los cascos en la arena dejaban una huella de círculos líquidos y chapoteaban las pozas al cruzar el arroyo. Cuando notaron el error ya había anochecido. Salieron á una sementera y decidieron pasar la noche al abrigo de una secular ceiba. Desmontáronse entumecidos, pero joviales, enlazaron las cabalgaduras por el ronzal y encendieron hogueras. Los residuos de la comida que guardaba solícito el morral de Chico Valor, sirvieron de piscolavis, y á poco, tumbados sobre los *sudaderos* de las monturas, con un canto por almohada y las *mantillas* por cobertores, tras un alegre palique y un nutrido

picoteo de frases banales, uno á uno se quedaron dormidos. Los mozos únicamente se alternaban en la vigilancia de las bestias. De tiempo en tiempo, el canto del gallo de Tomás sonaba doliente en aquella imponente soledad.

A eso de las cuatro de la mañana del siguiente día, los envolvió una ligera niebla que se levantó del arroyo, cayendo en seguida unas gotas de agua que los despertó más chanceros y maleantes.

Cuando el sol rompió las delgadas nubes, que á guisa de cortinajes de crespón colgaban en las puertas del Oriente, y envió sus tibios rayos á la tierra, Tomás bostezó desmesurada y ruidosamente; Sotero alargó los remos tumefactos, que salieron fuera de los cuaxtlis, revolcándolos en el barro; Basiliso con su rubicunda faz y su sonrisa estereotipada, se hizo un

ovillo; y Nacho más ágil ó más inquieto, saltó á calentarse sobre una roca. Hablaban atropelladamente y á gritos, viendo con avidez rebullir en la escudilla el *chocolate en agua* y sobre las brasas las *gordas de manteca*, olorosas, humeantes.

No tardaron en echar á andar á campo traviesa, topando á poco con el camino que los llevó derechamente al embarcadero, á orillas del río de los Lagartos.

III.

NADA hubo notable en ese día, fuera de que los estudiantes tuvieron que esperar á que bajara el Mexcala para embarcarse; la crecida de la noche lo mantenía aún con sus aguas turbias, que se encabritaban airadas al chocar con los obstáculos del cauce, llevando en despique sobre sus rizadas ondas, enormes troncos de árboles y fragmentos de chozas deshechas.

Al cabo de tres horas avanzaban ya al paso indeciso y duro de las bes-

tias, por las fragosidades del terreno.

Durmieron en Apipilulco, bajo de una enramada de *chapulixtli*, sobre la húmeda arena de la margen del río, al chillido irritante de los *zancudos*.

En filo de media noche, más alegres que de ordinario, con tanta más razón que ya todos irían montados por haber fletado un viejo rocinante para Sotero, reanudaron el viaje. Era el último día de camino, uno de los más felices de su vida: comerían con su familia y dormirían al amor del hogar.

Camina que caminarás llegaron al pie de la pendiente escarpada de la montaña del Ocaso y sin más que darles un corto respiro á los jacos, comenzaron á ascender pausadamente.

La cuesta era empinada. A la suave claridad de la luna, adivinábanse, abajo del sendero, abismos profundos

que atraían con la negrura de su seno y aterraban con el rugido de los torrentes; arriba, divisábanse correctamente perfilados sobre la bóveda lechosa del cielo, peñones suspendidos por cima de las cabezas de los viandantes amenazando aplastarlos; al trepar los escalones de piedra las caballerías, el pedernal echaba un reguero de chispas al choque de las herraduras; de un lado los zarzales destrozaban las ropas con sus combas púas, mientras que del otro el varal rozaba silvando los arneses de las monturas; una zorra saltó adelante con su alba cola erecta, dejando tras sí un olor fétido que provocaba á náuseas; atrás, Chico Valor, jadeante, chiflaba al tomar aliento; y por todas partes el misterio calmoso de la noche, la vaguedad de los contornos, los claros del boscaje contrastando con la obscuridad impenetrable del

arbolado; al paso que, como toque imponente del cuadro, la proyección fantástica y apocalíptica de las sombras de la cordillera del Oeste, hundíase en las entrañas de las barranqueras, para rebasar luego inmensa, ocultando los accidentes del lomerío.

Al despuntar el alba ya estaban en la cumbre castañeando, por el soplo glacial del aire, que venía de los volcanes del Norte.

La luz matinal les aguijeó la lengua.

—Por lo visto, dentro de pocas horas tendremos gratas novedades,— dijo regocijado Sotero, sin sacar las narices de su bufanda á cuadros morados.

—¿Por qué?— interrogó curioso Tomás, que, como siempre, iba á la cabeza de la expedición.

—¿Cómo por qué? ¿Pues qué nada te ha dicho Basiliso? Poca confianza muestra contigo—observó Sotero.

—Es el caso—gañó una voz gutural y ronca salida apenas por entre las mantas que envolvían á Nacho—que Basiliso no se ha clareado más que contigo. A ver, echa por esa boca.

—¿Me permites...?—insinuó Sotero con socarronería á Basiliso, para lo cual hubo de talonear su jamelgo y ponerse á su lado.

Basiliso por toda contestación refunfuñó una expresión poco decente que provocó la hilaridad de todos.

—Habla,—insistió Quijano á Sotero.

—Pues, señores y milores....

—Dí, hombre, dí; sin preámbulos.

—Hijo, en Chapa nos esperan....

—¿Y quién?

—¿Cómo quién?....Juanita, la bella Juanita.... y....

—¿Y quién más?—preguntó exasperado el gangoso.

—Tu familia ¡vaya! la de Basiliso y mi encantadora Rosaura,—subrayó con acento infantil Sotero.

—¡Ola! ¡ola!—exclamó Nacho con ruido de relincho.

—¡Que lo gocen!—les deseó Tomás —¡Felices ustedes! Yo, muy lejos estoy aún de mis padres.

Esta observación pronunciada con dejo de tristeza emocionó á todos, querían entrañablemente á Tomás para dejar pasar inadvertidas sus frases, por eso Nacho para consolarle, dijo:

—Tú permanecerás entre nosotros algunos días. ¡Vaya! Ya llegarás á tu casa, hombre... Somos tus hermanos....

—Y tenemos derecho á demorarte —interrumpió Sotero.

—Y á disponer de tu persona á nuestra voluntad, ¿lo oyes?—volvió á indicar Nacho.

—Te trataremos espléndidamente —agregó Basiliso—vas á ver: proyectaremos paseos, tamaladas, bailes, jiras campestres y por las noches *juergas.*

—Lo siento, no puedo... me voy de frente.... á la vuelta quizá...

—*¡Pero ónde!*—replicó Sotero.

—¡No faltaba más!—agregó Basiliso—¿Qué, tú te mandas? ¡Quita allá!

—¡A que no te vas! ¿Sabes? Te vamos á dar novia.... ¿ni aun así quieres?—propuso Nacho.

La insistencia admonitiva de Basiliso y la proposición alhagadora de Quijano, hizo que todos soltaran el trapo á la risa.

Siguieron las bromas y cuchufletas.

—Otra cosa:—dijo Sotero á Basiliso—¿estás decidido á enamorar á tu prima? ¡Qué linda es!

Parpadeó de prisa el interpelado, sin responder y sin reirse.

Sotero agregó:

—Eres un cobarde. Ella se pirra.... y tú, hecho el tonto. Mira que si no lo haces....

—No faltará quién— arrebató la palabra Nacho y agregó con malicia —yo sé de uno que se despizca por una sonrisa de tu prima...ojalá...!

—Sí, ya lo creo—intervino Tomás con intención.—¡Qué más quisieras!

—Pero, mano,— objetó punzante Sotero— con esa maldita garganta, buena para entenderte con ingleses, pero nada atractiva para el bello sexo, al gorgoritear pones espanto en los ánimos femeniles más valientes ¡cuánto más en la romántica y nerviosa Juanita! ¡Demontre! Tú no debes pensar en eso....

—Atrévete, pues,—amenazó Basiliso.

—¡Húm! Ya veremos....—barbotó el descampanillado, espoleando con furia su rocín.

Rayaba el sol cuando comenzaron á descender al fondo de un pequeño valle. En el ángulo que forman dos arroyos al juntarse se asienta el pueblo de Chapa. Veían únicamente á la distancia en que se hallaban, un tupido huerto salpicado aquí y allá de puntos rojos y pajizos, acariciado por dos cintas de plata que corrían á uno y otro lado, surgiendo medrosa por entre los árboles, una mole gris con su pequeño risco: era la capilla con su burda torre. Líneas de un verde obscuro cortaban el confuso caserío en todas direcciones: eran los setos de órganos que cercaban los sitios. A medida que se acercaban al poblado distinguían mejor los objetos. A la derecha, en las sementerás, verdeaban las milpas en sazón,

que sonaban con ruido estridente al soplo del aire encañonado; á la izquierda, en la pradera, retozaban relinchando los potrillos, en tanto que las yeguas, pastando indolentes, cargaban á los lomos una banda de tordos.

A orillas del camino y á través de la empalizada, percibíase á los cerdos revolcarse en el fango y á las vacas restregarse los cuernos contra los troncos y matorrales. En un solar abandonado se disputaban los buitres con roncos graznidos, los intestinos de un caballo muerto; y á un lado, en otro sitio, donde se levantaba el improvisado jacal de un milpero, dos huesudos canes tendidos de largo á largo junto á la puerta, movían bruscamente la cabeza al picor de las moscas que los acosaban.

Cuando embocaron la calle de entrada, les interceptaron el paso dos

asnos que se acariciaban mordiéndose al cuello y rebuznando.

Por fin, después de fatigosa y larga caminata, á las nueve, llegaban á la casa del Chapeño. Frente á la tranca de golpe, alineadas y cubriendo la calle, esperaban de pie, emocionadas y sonrientes, las hermanas y amigas de los estudiantes.

Gritos de allá y de acá, abrazos estrechos y sofocantes dados con toda la fuerza de los remos, besos sonoros en las mejillas aterciopeladas de las mujeres y alguna que otra frase entrecortada, constituyeron el expresivo saludo de familia. Cogidos de las manos los deudos y apiñaditos los novios entraron por el patio de la casa. Tomás, solo, iba el último.

IV

PASADAS las primeras impresiones de aquel agradable encuentro, Angela, hermana mayor de Nacho, una guapa hembra, espigada, morena, de rostro oval iluminado por unos ojos negros, fascinadores, de nariz remangada y una boca riente, acariciadora, que por lo visto cogía la dirección de todas las voluntades femeninas, se produjo con voz dulce y sonora:

—Aquí debemos pasar la mañana. He mandado prepararlo todo para

que nada os falte y haceros agradables las horas. Ya me daréis las gracias (haciendo un mohín). En seguida de comer daremos un paseito por la plaza y cuando volvamos ya estarán los caballos listos. . . .A las cuatro que salgamos de aquí será buena hora, ¿verdad?

—Como tú lo dispongas—contestó sonriente Rosaura.

—Sí, sí —declararon á una los demás.

—¡Ah, como no se aburran!—objetó Rosaura.

—Quía! Pregúntaselo á Sotero—la dijo Angela riéndose.

—No; yo, no. . .¡cómo!—se apresuró á contestar Sotero, un poco turbado y balbuciente por una sensación extraña que le anudaba la garganta.

—¿Y ustedes?— preguntó jocosa Rosaura á los otros estudiantes.

—y Nosotros....?

—Tampoco,—completó Nacho.

—De Basiliso nada digo, bien contento estará al lado de su prima—agregó con ironía Rosaura—¿No es verdad, Juana?—y soltó una estrepitosa carcajada.

Juana bajó la vista, pudorosa y atónita por aquella interpelación, y sobre todo, porque sentía que todas las miradas se posaban en ella. Por otro lado Basiliso enrojeciendo y palideciendo por instantes, apenas osó levantar los ojos que tenía enclavados en el suelo y se sonrió con su sonrisa eterna, dando vueltas en sus manos al sombrero de palma.

En su auxilio fué Angela, quien dijo, cortando esas pesadas bromas:

—Aprovechemos las horas: nosotras, á bañarnos; los señores podrán hacernos compañía hasta la tranca, de allí se volverán si les place, ó

nos esperarán, que poco tardaremos... Anda, Juanita; tú, Rosaura ¿dónde tienes tu rebozo?—y cogiendo el suyo que colgaba de un garabato movible que pendía de un tirante de la casa, interrogó: ¿Vamos?

—Lista, chica,—contestó Rosaura con donaire, á tiempo que tiraba las puntas de su rebozo hacia la espalda.

—¿Y Manuela? ¿dónde está Manuela?.... ¡ah! ahí viene.

La que así llamaban era una jovencita pequeña de cuerpo, demasiado trigueña, de ojos adormilados y nariz chata. Salía en esos instantes de la cocina con un montón de tohallas.

—¿Vamos, Jacinta?—volvió á interrogar Angela dirigiéndose á una gordinflona, color de cangrejo de mar y de facciones toscas.

—En marcha—expresó el gangoso.

Las jóvenes, ya en grupo, ya enfiladas, según los accidentes del terreno ó lo interesante de la charla, iban delante; los estudiantes á prudente distancia, un tanto cortados, con ser todos personas de confianza.

Adelantaban por una calleja tortuosa limitada á uno y otro lado, acá por un cercado de varas entretejidas, acullá por órganos alineados; rara vez interrumpía esa monótona uniformidad una tranca de palos trasversales que se colocaban ó quitaban á voluntad, ó un torcido árbol de anono ó chirimoyo. Colgaban del cercado, tapizándolo, silvestres enredaderas de *catarinas* ó *cuatecomate*, matizando aquel fondo verde, flores color de rosa, amarillas y azules. Al pie crecían anémicas las violetas y las flores de *muerto*.

El piso onduloso hallábase man-

chado á veces por pequeños charcos sobre los que revolaban las mariposas: una que otra permanecía inmóvil en la húmeda arena; y en el extremo de la callejuela, á través de un promontorio de basura y troncos secos, serpeaba cristalino el arroyuelo.

A esa hora en que los tibios rayos del naciente sol atravesaban de soslayo la fronda, las primaveras, sacudiéndose el rocío de las alas, piaban saltando de la cerca á las ramas; pequeños pájaros surgían en rápido vuelo del herbazal, y en los nopales de la inmediata colina escuchábase el canto imitativo del zenzontle. En el aire cruzábanse los insectos, y en el cielo, ligeramente azul, corrían nubes finísimas de gasa hacia el Ocaso.

Al llegar á la tranca de golpe que separaba el caserío del despo-

blado, volvióse graciosa Rosaura y dijo:

—Se prohibe pasar adelante. Aquí esperaréis quietecitos. Abur.

—Ya lo creo que esperarán—afirmó Jacinta, media hermana de Basiliso—¿A qué se vuelven?

—Os aguardaremos el tiempo que sea preciso, señoritas,—contestó Tomás y terminó con esa expresión autoritaria que le daban el carácter y la edad—Nadie se moverá... estad seguras.

—Hacednos mientras ramilletes, gritó Rosaura, que ya descendía á la margen del arroyo.

Un recodo abrigado por altos ribazos y cercanos cañaverales y en cuyo fondo se extendía una poza verdosa, fué elegida para el baño, al pie de un carcomido cedro. Se destrenzaron poco á poco soltando al aire su rica mata de cabellos ne-

gros; despojáronse de las faldas de percal por abajo y del cuerpo de indiana por los brazos; se descalzaron las botinas y lentamente las medias de color que ahorcaron junto con las ligas, de los lirios inmediatos, y, enredándose las guedejas á la cabeza, quedaron en camisa. Reíanse inconscientes en presencia de su púdica desnudez. Agazapadas se acercaron unas á la corriente, otras ligeramente encorvadas, con las manos extendidas sobre el bajo vientre, mirando á todos lados. Rosaura gritaba sofocada por la sensación desagradable que le producía el agua fría al tocarla con la punta de los pies rosados; Manuela saltaba á la vista de un pequeño caracol que se arrastraba babeando por una laja, ó exclamaba de júbilo al ver que un escarabajo de reflejos metálicos que tenía á su alcance, trepaba trabajo-

samente á la raíz del árbol; Juana se extremecía al caer de las hojas sobre la linfa ó al leve susurro del cañaveral; Jacinta se entretenía en tirar al remanso fragmentos chicos de ramas secas que, arremolinándose en las revesas, seguían su curso, y Angela, sorprendiendo la candidez de todas y valiéndose de su distracción, saltó ligera á la poza: abriéronse las aguas; á su caida rápida se dibujó en el aire por un instante, un cuerpo escultural; cerráronse inmediatamente encabrillándose, y apareció sólo una flotante cabellera en la superficie. Al choque violento de Angela contra el líquido, un reguero de gotas brotó salpicando en todas direcciones; y al caer algunas sobre las carnes sonrosadas y tibias de las bañistas, las hicieron chillar y zabullirse riendo. De pronto cayeron todas las camisas en la ribera, y á

través de las ondas transparentes se esfumaron aquí y allá líneas onduladas, morbideces opulentas, colores adorables, apenas vistos y siempre adivinados: formas de estatuaria que hubieran envidiado las náyades y bayaderas y por las que Acteón reincidente, hubiera sido destrozado de nuevo al sorprenderlas, por los mastines que azuzó la Diosa. . . .

Entretanto los estudiantes se echaban de bruces en la grama, masticando delgados popotes verdes en su ociosidad; sólo Tomás se recostó contra la tranca acomodándose el sombrero á guisa de pantalla.

Repentinamente llegaban á sus oidos el chapotear de las bañistas ó sus risas argentinas provocadas por el retozo femenil, por esa costumbre sencilla de chapuzarse unas á otras con un poco de confianza que se tengan.

Para cumplir con el encargo de Rosaura improvisaron ramos de flores silvestres, retamas rojas y clemátides tomadas del cercado ageno.

Volvieron á echarse silenciosos en su perezosa somnolencia.

A las once en punto los sorprendió en su indolencia una prolongada carcajada de Rosaura.

—¿Qué tal? ¿nos tardamos?—preguntóles Angela, dejando caer su abundosa cabellera sobre la tohalla que colgaba á sus espaldas, anudadas las puntas á su cuello.—Estas ya no querían salir del agua.

—Sí....!—haciendo una mueca burlona, se le encaró Jacinta.—Tú fuiste la más remisa.

—Traviesa!—la dijo quien respondía por Manuela.

—Pero me la pagaste—afirmó Rosaura un tanto mohina,—con ser tú más fuerte....—y terminó la frase

al oído de Jacinta, que rió de la confidencia.

—Vaya, ustedes temían meterse.... de alguna manera habíamos de terminar aquello, se hacía tarde, —rióse fuertemente.

—Hija, pero no así, cogiéndonos desprevenidas,—objetó Jacinta.

—¡Alevosa! otra vez nos las pagarás,—amenazó Rosaura.

—Sí, sí, sí! — clamaron todas rodeándola y golpeándose una mano con otra.

—Ya las pagarás juntas,—repitió Jacinta.

—Bueno, hijas, bueno,— contestó Angela con socarronería.—Otra vez ustedes me remojan, ¿eh?—y volviéndose hacia los colegiales, les indicó:

—Ahora, sed galantes: Sotero, tome usted del brazo á Rosaura; tú, Basiliso, á Juana; Nacho, ve con Ja-

cinta; Manuela y yo, con D. Tomás... nosotras las últimas, D. Tomás. . .Niñas, andando!

Cada cual, obedeciendo á un impulso de su corazón, obsequió á su pareja el ramo de flores.

Sotero y Rosaura, adelante de todos y un poco distantes, hablaban:

—¿Y por qué no me escribías, díme?—preguntó Rosaura.

—Te escribí. . . . . — contestó Sotero.

—Sí, pero no con frecuencia.

—Casi lo hacía todas las semanas.

—Yo hubiera preferido todos los días,—y rióse, enseñando dos hileras de finos dientes, y levantando levemente el seno.

—Lo hubiera hecho seguramente así,—un tanto sañudo;—pero ¿para qué? ¿Para no recibir contestación? Recuerda que desde el mes de Abril no me contestas.

—No tanto, no tanto.

—Créete que no miento.

—Distracciones mías, qué quieres! —é hizo un movimiento gracioso de labios.

—No, nada de eso.

—¿Pues qué entonces?—mirándole fijamente á la cara.

—Otra cosa. . . . otra cosa, ¡ay!

—¿Estás celoso? — inclinando levemente la cabeza para mirarle bien y llevándose con la mano izquierda, tras las orejas, el pelo suelto.

—La verdad, sí.

—No tienes razón,— y tendió hacia atrás la cabeza, sacudiendo su hermoso pelo por el que corrían hasta detenerse en la punta, temblantes, delgadas gotas de agua que irizaban á los rayos del sol.

—¿No la tengo?

—Te digo que no.

—¿Y esa frecuente visita. . .?

Al comprender Rosaura á quién se refería Sotero, se puso encarnada como la grana, é inspirada por el disimulo, se agachó á coger una flor que se desprendiera de su bouquet; al levantarse, rióse nerviosamente, y dijo:

—A qué tú! ¿cuál visita?

—Te halaga oír su nombre,—dijo él con resentimiento.

—¿Te refieres á Pablo el carpintero? ¿no?

—Sí,—afirmó poniéndose pálido.

—¡Ora! Poco favor me haces con ese pobre diablo.

—Así y todo, le prefieres...

—¿A tí? cállate, — poniéndole la mano en la boca,—No blasfemes.

—Pero si me dicen que no sale de tu casa.

—Va por mi hermana; yo le corro bastantes desaires, ¡qué más! y así sigue yendo. ¿He de hacer otra cosa? Ya te desengañarás, querido mío.

—Bueno, veremos.... — profirió con acento de convencimiento.

—Nada, nada; no tienes razón,— fascinándole con sus rasgados ojos húmedos, llenos de pasión.—Díme otra cosa, bobo. ¿No tienes qué decirme?

Sotero, vibrante, musitó una frase de amor, leve como un susurro, estando á punto de besarla en la mano, qne anudó nerviosa y ardientemente con la suya; mas ella le contuvo, diciéndole quedo:

—Ya están cerca.

En esos momentos los alcanzó el grupo que se desbordaba en ruidosa algazara, hablando todos á un tiempo, interrumpiéndose y bromeándose confiados.

Penetraron en la casa, las mujeres jadeantes y con la piel rosada y fresca, y los hombres un poco sofocados por el sol del mediodía.

En el interior, Jacinta se le acercó á Rosaura, y, pellizcándola una nalga, la dijo:

—Ora lo verás, pícara..... dirás que no te ví...!

—¡Ay! ¡y qué!

V

MIENTRAS se pone la mesa, presentemos á Rosaura.

De una organización viciosa, obedecía en sus inconsciencias ora á fenómenos atávicos, ora á retrocesos desastrosos que la ponían de continuo fuera del medio en que vivía. Desde pequeña fué precoz al presentir los velados misterios de su sexo, jugando desde entonces á madre en los entretenimientos con los niños de su edad. Dominábalos á todos con sus advertencias de persona mayor y

sus arranques de índole voluntariosa; otras veces se imponía por la astucia. Sus padres fueron labradores en los primeros años de casados: el uno cultivaba los campos, afanoso; la otra desempeñaba los menesteres de labriega con eficaz destreza. Por ese tiempo ranchaban en el cerro de la Muñeca y vivían en la cuadrilla de los Encinos. Al principio, impulsados por el ardiente afán de hacer fortuna trabajaban con ahinco, sin tregua; pero pasados algunos años, cuando notaron que á través de lucha cruenta apenas si tenían lo necesario para no morirse de hambre, se descorazonaron y fué otra la faz de su vida; él se enderezó adquiriendo, sin saberse cómo, los vicios del juego y la embriaguez; ella como autómata, sin ilusiones ni certezas para el porvenir, siguió trabajando. Poco á poco fueron consumiéndose los peque-

ños bienes adquiridos; hoy vendiendo una res, al día siguiente una fanega de maíz; á paso tirado llegó el desastre. D. Bruno, que así se llamaba el padre de Rosaura, volvía á su casa todos los domingos, después de *placear* en la ciudad, montado en un asno, bamboleándose, y Da. Catarina, su mujer, á pié y con un cesto á la cabeza. Caminaba á su lado sosteniéndolo en sus oscilaciones alcohólicas para prevenir la caída. Así llegaban tras tercas resistencias del beodo y penalidades indecibles de la esposa, á la cabaña. Rosaura, que ya contaba once años, salía en camisa y enaguas blancas hasta el patio, gritando y huroneando el *avío*, que recibía su hermana Teresa de más años, de manos de la madre. Al apearse el peneque del borrico se zafaba aquélla presurosa para no recibir un puntapié en las asentaderas ó un zo-

papo en la cabeza; sabía por experiencia que su padre, en tal estado, era brutal. Bajo ese techo no hubo ya más ensueños acariciados por el más allá, ni le alentó sonriente la alegría. D. Bruno contentábase con pedir á éste ó aquél lo más indispensable para vivir, en calidad de pronto reintegro; pero como nada devolvía, llegaron á cerrársele todas las puertas. La miseria se presentó con toda su espantosa desnudez. Aquello era una pocilga de necesitados y un antro asqueroso de inmundicia, en que sólo resplandecían adorables los juveniles rostros de Teresa y Rosaura. En su desesperación, y como último recurso de famélico, se dirigió á D. Primitivo Sorites, el ricachón del lugar, que poseía una vasta heredad, un trozo inmenso de monte y ganado cabrío y bovino en todos los contornos, en solicitud de trabajo. Y

!cosa extraña! contra lo que se esperaba de D. Primitivo, un viejo de endiablado carácter, pinto, bizco, cojo, miserable, y por añadidura, al decir del vulgo, en pacto con el diablo, recibió con agrado la demanda; ofrecióle á D. Bruno un buen sueldo de vaquero, y colmándole de generosidades le proveyó, entre otras cosas, de la leche diaria de sus vacas y del maíz necesario para el sostenimiento de su familia; además, le obsequió un caballo. ¿Qué más podía apetecer aquel grupo de hambrientos? Hubo, pues, desde ese día calor y vida en ese hogar agonizante y las niñas crecían y se desarrollaban graciosas.

Refieren malas lenguas que mientras D. Bruno *campeaba*, D. Primitivo le bailaba el agua á D.ª Catarina, que si era una hembra ya trabajada y obesa, conservaba aún unos

ojos negros y apasionados, una boca sensual demasiado grande para mordisquear en sus arrebatos concupiscentes; una nariz chata de husmear felino y un rostro redondo y velludo. Charlaba hasta por los codos, entrometiéndose en todo lo que no le importaba y gastaba modales desenvueltos y harto provocativos. Y seguramente así ha de ser, porque ya en el fondo de las barrancas, ya en la penumbra de las cuevas, ó bien en las márgenes de los arroyos, sorprendiéronlos ojos fisgones en tirada y amante plática.

Aseguraban, no pocos, haberlos visto accidentalmente por entre los árboles de las altas crestas de la montaña en caricias y retozos de faunos.... Y no faltó quien afirmara que á la postre ya no necesitaron cambiar sus pieles por las del sátiro y la loba; allí, en su casa, sin excu-

sarse del marido, folgaban tranquilos. ¡Quién sabe!

El autor no responde de la veracidad de estas especies; simplemente narra.

Hecha esta salvedad, prosigue.

Tan pronto como llegaba á la cabaña D. Primitivo, dejábalos solos D. Bruno, saliéndose á la ventura ó en dirección á las casas de sus vecinos, donde se pasaba las noches jugando y bebiendo. La ausencia se prolongaba á veces por días; mas si es verdad que no dormía en el domicilio conyugal, también lo es que D. Primitivo por vivo afecto á la familia (de que él carecía), tampoco iba á su casa.

A Rosaura, más astuta y ladina que Teresa, no le pasaban inadvertidas estas cosas; sorprendía los requiebros, espiaba la caricias, y por las noches, aun cuando la madre se

cerciorase de que dormía, ponía oído atento desde su cama á los más imperceptibles movimientos y á los ruidos sordos y confusos de besos y suspiros ardientísimos....

Por las mañanas, al levantarse, veía al disimulo los ajetreos de las mantas en el lecho, después observaba atenta los semblantes de los adúlteros, y nada..., nada en ellos llamaba su atención; eso era seguramente lo más natural del mundo. Más todavía. Si su padre, presentándose repentinamente se encontraba de manos á boca con D. Primitivo, y lo sorprendía abrochándose aún la camisa, no hacía otra cosa que saludarlo risueño y sumiso. Claro, en el cerebro mal conformado de aquella criatura eso era muy natural. Empero, cuando creció un poco más, cuando ya contaba quince años, aquello fué una revelación. Su naturale-

za viciosa de mujer y su encabritada imaginación de neurópata, la dieron la clave del enigma. De entonces á solas aprendía todos los impudores y estudiaba todas las desvergüenzas.

Alguna vez, inquieta por un fuego interior que la devoraba las entrañas, anunciándole lo desconocido, correteaba á la vecindad y se sonsacaba á los jóvenes papanatas, so pretexto de que la ayudasen en alguno de sus quehaceres; y como en malicia dábales quince y raya, comenzaba, por lo pronto, á jugar con ellos de manos. Los muy babiecas, sin iniciativa, nada insinuaban; por esto repentinamente se apoderaba de ella una murria desesperante, la desesperación de los deseos no satisfechos, entonces descargaba la mano sobre ellos, injuriándolos y despachándolos noramala.

A los dieciséis años estaba irresistible. De rostro redondo iluminado por rasgados ojos húmedos, de nariz chata y remangada hecha para olfatear la presa y husmear á distancia los rastros humanos; de boca grande, de labios gruesos y carnosos, siempre entreabierta como el cráter que si no respira erupta abrasadoras lavas, y de barba ligeramente puntiaguda y saliente. Era el color trigueño; y el pelo, negro, que enmarcaba una frente pequeña y aplanada. Su estatura era mediana, más bien robusta que delgada, y las formas extremadas de mujer fecunda.

Por un incidente no explicable hasta ahora, repentinamente tuvieron que separarse del campo para venirse á la ciudad. Se instalaron en una casa arrendada casi en los suburbios de la población. Por supuesto que Don Bruno no cambió de conducta, siguió

su antigua vida de holgazán y vicioso, sin preocuparse por allegar á la familia ni lo más preciso; sin embargo, exigía que se le atendiese bien y aunque eternamente vagabundeaba, no hacía falta á las horas de comer. ¿Qué hacer, santo Dios? ¿Cómo sortear las estrecheces que con el cambio de domicilio habían aumentado y que día á día hundían más á la familia en la miseria? Gracias á los restos de las economías pescadas por Dª Catarina de su mísero antiguo amante en horas de plácida languidez tenían un respiro antes de llegar á un desastre. Pero ¿y después . . . ? Cierto que aún poseían seis vacas, dos pollinos, dos docenas de gallinas y una docena de marranos gordos . . . maíz había para esa cuaresma. . . . pero esto á todo tirar daría lo estrechamente necesario para vivir mezquinamenet ¡y esto no era vivir, rediós! Por

otra parte, las muchachas ya crecidas y en otro medio social debían presentarse con decoro si se quería que sonasen, y aunque Teresa, pobre de espíritu y exigua de carnes, larguirucha, encorvada y un si es no es agraciada, no era exigente, en cambio Rosaura, demasiado presuntuosa, pedía á cada paso estrenos, rebozos finos de Tenancingo, calzado de botines abronzados y otros alifafes, llegando en su manía de poseer á desear lo imposible: un aderezo de oro. ¿Y qué hacer para dar satisfacción á sus deseos? Eran justos, por lo demás; pues siendo la más vivaracha, lenguaraz, salada y de mejor palmito, era de esperarse que álguien que tuviese el riñón cubierto la solicitase en matrimonio; entonces... ¡qué felicidad-todas habrían labrado su fortuna.

Como resultado final de penosas cavilaciones decidieron los padres pre-

sentarla bien y exhibirla á diario. Coordinaron su plan. Para la primera exhibición convidarían á una tamalada, lo demás corría de cuenta de ella. ¡Era tan lista!... Así fué. Una nube de visitantes, la mayor parte solterones contumaces y casados descarriados, frecuentaron algún tiempo su trato. Todos fueron explotados so pretexto de noviazgo, pagando ellas sus finezas con sonrisas enloquecedoras, sugestivas carantoñas y pequeñas tolerancias: nada más.

Advertidos de la celada comenzaron á desfilar de uno en uno quedando rezagado un cincuentón que á raja tabla pretendía á Teresa para esposa. Allí comía, allí bebía, era asistido de ropa limpia, etc.; mas ¡oh desdicha! á cierta hora de la noche, se le ponía de patitas en la calle con palabras melosas, excusándose con ser ya una hora avanzada.... Este pobre

diablo poco á poquito fué concluyendo con su exiguo patrimonio; hoy despendía en dádivas á Rosaura para atraerse su simpatía, mañana gastaba en un baile de familia ó en una comilona íntima por ser el día del santo de alguno de la casa. Cuando le dejaron seco, le echaron al arroyo.

Vinieron los pollos. Una banda eterogénea de jóvenes de diversas edades y costumbres, entró en campaña amorosa. Bailes, almuerzos, paseos al campo: todo lo inventaron para gozar de la vida en eróticos esparcimientos. Ellas intimaron con todos, pero con nadie se comprometieron formalmente. Los gomosos, un tanto carentes de recursos; vierónse compelidos á echar la zarpa al patrimonio paterno para salir airosos en sus gastos, con lo cual estalló la bomba; provocando la cólera de los padres, que les proporcionaron algunas pali-

zas moralizadoras que escandalizaron el barrio. Desde entonces la familia parasitaria de D. Bruno, dió pié á la chismografía más denigrante.

A renglón seguide, la parvada de implumes levantó el vuelo.

Quedaron dos tipos, ó los más rebeldes y obstinados, ó quizás, los verdaderos novios de las guapas chicas. Uno llamábase Pancho, el otro Pablo.

Rosaura y Teresa deploraron la desbandada, y, entre otras razones, por no quedar en la espantosa soledad que repugnaba con todas las fuerzas de su organización de jóvenes alegres, nacidas únicamente para vivir con todo el vigor de la juventud y gozar con toda la intensidad de su alma, atrajeron á sí á los amartelados galanes rezagados, engatusándolos con promesas tentadoras.

Con el trato perenne de gente ávi-

da de lances y aventuras, naturalmente, la reputación de Rosaura, sobre todo, quedó maculada y su honestidad, herida de muerte.

Eternamente acariciadas, besadas, manoseadas sin escrúpulo, no había parte de ellas que no se hubiese estremecido á los tocamientos impuros, ni delicadeza fisiológica que no se hubiese excitado á los palpamientos de imprudentes manos. Verdad que no pasó á más, pero esto era ya demasiado.

Noche á noche los novios hacían sentar á sus adorables prometidas en el umbral de la puerta de la calle, y ellos, tendidos cuan largos eran, sobre el empedrado, posaban la cabeza en su regazo.

La impenetrable obscuridad, cómplice vil de impúdicos amores, cubría con su manto nefando lubricideces de bestia....

En las vacaciones anteriores y presentado por Nacho, conoció Sotero á Rosaura; el cual, sin atender á sus antecedentes y á pesar de los consejos sanos de sus amigos, le hizo el amor.

Pablo, el antiguo pretendiente, disgustado de la conducta de Rosauro, se retiró despechado y corrido, pero sin renunciar á ella.... ¡Qué iba á renunciar!

VI

A comer todo el mundo!—profirió Angela en voz alta.—Oye, Juanita, háblale à los señores. Díles que se vengan.

Estos, que se hallaban en un extremo del corredor departiendo amigablemente, se levantaron al llamado y se acercaron á la puerta.

—Pasen, señores—dijo una voz cariñosa en el interior.

—Pasa, tú — insinuó Tomás á Sotero.

—Tú el primero.

—No, tú.

—Anden, anden, sin cumplidos—observó Basiliso.

—¡Oh! Acabemos—gruñó Nacho abriéndose paso por entre sus colegas y penetrando en el recinto en que estaba la mesa. Tras él fueron los demás.

En mitad de la sala tendieron petates nuevos sobre el suelo aplanado recientemente, y encima servilletas.

Las mujeres de un lado, los hombres de otro, formando rueda, sentáronse todos; ellas sobre sus talones, los varones cruzadas las piernas. En el centro ahumaban los elotes cocidos y los tamales envueltos en verdes hojas de caña de maíz; del mole poblano se desprendían gratas y penetrantes emanaciones; de las cazuelas negras de frijoles, burbujeantes aún, se elevaba un oliente vaho de epazote, y los fideos nadaban diseminados en la so-

pa aguada. Comenzó á servir Angela. De mano en mano pasábanse los platos á los hombres que los acomodaban sobre las piernas, y las cazuelas engretadas á las señoras: no había servicio de loza para todos. Al alcance de cada uno se elevaban pilas de tortillas de maíz—*tlaxcales*—de un olor acre, delicado.

Nadie esperaba á que estuvieran servidos los otros, despachaban voraces tan pronto como eran poseedores de la menestra.

Nacho, con la boca llena, narraba las peripecias del viaje y no era raro que salpicase con el alimento á los más inmediatos, al soltar el trapo á la risa. Le escuchaban lelas las mujeres en los episodios dramáticos ó festejaban sus chistes con risa franca, mostrando sus hermosos dientes que á la sazón mirábanse rojos de mole. Sotero flechaba con la mirada á Rosaura que

tragaba de lo lindo, sin dejar por eso de corresponder á las señas amorosas del amante. Juanita, estaba encarnada y confusa picoteando apenas en el platillo, al paso que Basilio ocultándose tras su hermana, la dirigía la vista de soslayo, esquivando por otra parte, toda mirada indiscreta. Después del mole de guajolote destaparon una botella de licor y otra de vermouth francés.

Se sirvió el líquido en tazas de caldo estrelladas por el uso y en pintados *zacuales* de Olinalá que circularon inmediatamente. Agotados volvían á llenarse. Tomás levantando en vilo su taza y limpiándose los mostachos de granadero, brindó á la salud de todos, por la alegría fraternal que allí reinaba, y apuró de un sorbo el contenido. Nacho, des pechado al notar que la taza se le entregaba vacía, refunfuñó una in-

terjección que le mereció la reprensión de su hermana.

A ese tiempo voló una gallina del nidal del tapanco en que acababa de de depositar su huevo, por cima de las cabezas descubiertas de los comenzales, enviándoles con sus torpes aleteos una nube de polvo; un falderillo que se hallaba echado en las enaguas de Manuela la siguió ladrando, y el gato que ronroneaba sobre la cama y en acecho, hurtó con rapidez del plato de Tomás una pierna de guajolote.—Todos rieron largo y tendido.—Volvió á circular el licor.

Quien deshojaba un tamal, desmenuzándolo con arte dentro del plato y arrojando la envoltura á los *itzcuintlis* que la lamían con chasquidos de lengua, quien mordisqueaba un elote asado pringándose los labios y los dientes de puntitos negros; éste cansado de su postura incómoda ten-

día las piernas á lo largo, presentando á los demás las destrozadas suelas de sus zapatos; el de más allá, ahito, se ponía de pié, regoldando descompasadamente. Una de las jóvenes limpiábase los labios tintos de licor con el dorso de su mano; otra se sonaba las narices irritadas por el chile, con la estremidad de su falda; y otra, incauta, mostraba el nacimiento de sus duros pechos al inclinarse demasiado para tomar alguna cosa. El crujir de mandíbulas era cada vez más lento. A medida que se hartaban los estudiantes iban separándose de la rueda. Las mujeres quedaron las últimas para levantar la mesa. Arremetieron los perros con los huesos rebañados que les arrojaron, trabando ruda lucha al disputárselos.

Por vía de higiénico ejercicio convinieron en ir al centro del pueblo.

Nada había allí notable. La plaza

era un matorral. Al Oriente, la capilla despanzurrada, grietosa y sin revoco; al Poniente, una casucha de zacate que apellidaban comisaría; por los otros lados, cercas de órganos desportilladas por el abandono ó la podredumbre; y á través, jacales grises en desorden, sin alineamiento. Oprimía la soledad abrumadora. Ni un ruido de lagartijas ni un zumbido de insectos. Allá, enfrente, cortaba el horizonte un elevado cerro, cuya pendiente estéril y calcárea producía en el ánimo honda melancolía.

Fastidiados nuestros personajes volvieron de prisa á la posada.

—¿Nos vamos....?—preguntó tímida Juanita.

— Vámonos, — contestó Rosaura malhumorada,—¿qué hacemos aquí?

—Como ustedes gusten,—afirmó Angela.—Oye, Nacho, adelántate y manda que ensillen.

En el momento de montar á caballo interpeló Manuela á Angela:

—¿Llevamos los plátanos..? ¿Sí? pues que los coloquen en mis *cantinas*. Toma, Basiliso.

—¿Y las cañas...?—hizo observar Jacinta.

—Que haga un haz de pequeños trozos el Chapeño y que lo amarren de los tientos de mi silla,—expuso Angela.

—No, en los míos.....

—O en los míos.....

—Pues que repartan los trozos ¡oh!

—Yo.....las botellas—regurjitó Nacho enseñando sus desiguales dientes.

VII.

A las cuatro en punto, con entusiasmo jacarandoso, montó á caballo la carabana estudiantil y las jóvenes que fueron á su encuentro, caminando con rumbo á Teloloapam.

De allí en adelante, el terreno es montañoso, erizado, cubierto de una vegetación raquítica, que apenas se arraiga en la débil breña y con pasos peligrosos para los caballerías herradas.

Encajonados por estrecha vía, teniendo á la derecha un cercado de

piedras que circunda los cañaverales y olorosos huertos de aquella región edénica, y á la izquierda faldas escarpadas divididas aquí y allá por babarrancos, llegaron á un torrente. Forman sus aguas una pequeña cascada que cae con estruendo del abra de un peñasco y convertidas en cristalino arroyo, corren presurosas á bañar lor sembrados. Dieron de beber á las cabalgaduras y siguieron su marcha. Enfilaron por una angostura de plano inclinado al paso calmoso de las bestias, hicieron zig-zag adelante trepando y descendiendo de bancos de barro y de piedra; y á poco, perdiéronse repentinamente como si el torrente sinuoso se los tragase, para reaparecer en seguida sobre una pequeña meseta.

Los caballos del lugar iban delante, firmes, sorteando con habilidap los hoyancos y lajas resbaladizas, al

paso que, los que no conocían el piso, tropezaban, resbalaban ó doblaban las manos hociqueando en el suelo.

Primero iban Angela y Tomás, los seguían los demás á cierta distancia, siendo los últimos Rosaura y Sotero.

Casualmente se hallaron solos Basiliso y Juanita.

Era ésta en esa época una hermosa miniatura con aspecto de niña; el rostro alumbrado por unos ojos grandes y negros de mirar cándido; ancha la frente sobre la que flotaban algunos bucles de su cabellera se losa; la nariz fina y afilada; la boca tan pequeña que apenas la marcaban delgados labios y su barba puntiaguda, enérgica y sensual, barba de Catalina de Rusia. Veíase graciosa con su cuerpo carnoso, un poco craso, pero en el que se delineaban, á través de las estrechas ropas, las esbeltas y redondeadas formas de la mujer.

Miráronse cortados sin saber qué decirse. El silencio los embargaba más. Ella lo rompió al fin diciendo con acento de dulzura y con la voz lijeramente inmutada:

—Qué tal de cansado ¿oh? Ha sido largo el viaje ¿nó?

—Un poco . . tres días de camino... ya verás.

Repentinamente Juanita tomó ánimos y le hizo esta pregunta ruborizada:

—¿Tardarás mucho?

—No lo sé todavía; creo que sí. . . . dos meses aproximadamente.

—¿Y ese tiempo lo pasarás en Toluca al lado de tus tíos . . . ?

—Pues . . . sí.

—Aquí muy poco estarás. . .¡psch! ¡es tan feo esto!

—. . . . Pero es mi tierra. . . . además—como rectificándose—yo creo que estaré algunos días.

—Los que restan del mes cuando menos ¿verdad?—en tono de amable ironía, expresó su concepto Juanita.

—¡Ah, no! Yo creo que mucho más —se apresuró á contestar Basiliso.

Ella le miró á la cara con atrevimiento y acentuó:

—Haces bien: vete á Toluca, verás qué hermosa está Carmen, muy crecida y muy simpática. Si la ves, te aseguro que no la conoces. Aquí estuvo en Julio con tu tía . . .

Basiliso no respondió. Sentía que algo extraño le atarazaba la garganta. Hallábase cohibido en presencia de su sencilla y querida prima. Deseaba ser galante, insinuarse con fino tacto, y al pretender soltar la frase, otra vez sentía esa maldita opresión de garganta, junto con un miedo cerval. Balbuceando preguntó una necedad:

—¿Y tú, qué tal? ¿Como siempre..?

—Sí; yo, bien—contestó Juanita

sin comprender á qué se refería su primo en su vaguedad—¿Ya sabes que vivo con mi tía Ausencia? ¿Nos visitarás?—rectificando el concepto siguió:—¡Qué vas á ir á nuestra casa! Tú no sabes visitar á los pobres.

Basiliso estimulado con estas palabras, atropelladamente contestó:

—No digas eso: desde luego, mañana mismo voy . . . vas á ver . . .

—¡Ay, tú, que bueno eres! Mi tía va á pasar un rato agradable cuando le anuncie tu llegada, y sobre todo, tu visita. ¡Es tan buena la pobrecita! Y á tí te quiere mucho ¿crees? (entusiasmándose) Para que veas, mañana no iré á la escuela á bordar, te esperaré. (Animándose) No dejes de ir, pues, ¿oh? ¡Qué gusto!

—Para mí mucho más! Se atrevió á soltar el pr mo esta expresión intencionada.

Ella le vió con enternecimiento.

—¡Deseaba tanto verte!— agregó audaz.

—Yo también — expresó lentamente Juanita y bajó el rostro rojo de vergüenza.

A ese tiempo se les acercaron Sotero y Rosaura.

Esta le gritó con aspavientos:

—!Juana! ¡Juana! Mira qué bonitos maguellitos me cortó Sotero. Allí, en aquel copal! ¡Qué flores más raras se ostentan orgullosas en el centro! ¡Qué rojas ¿no? ¿Quieres uno? Bueno; espérate, pues.

—Gracias.

—Estos los voy á conservar como un recuerdo—dirigiendo la mirada á Sotero—¡Soy más feliz! ¿Y tú?—interrogando á Juana.

—Tambien. . . . estoy contenta, ya ves.

—¡¡Mira!! !!Tú también!!—y rióse con alegría delirante, loca. En esto

divisaron adelante, recortando el horizonte límpido, el coprichoso caserío de la Ciudad. Situábase sobre una colina, en cuya cima se destacaba erguida la torre parroquial. Abajo, apenas distinguíanse los techos desiguales y rojizos de los edificios que decendían en violentas posiciones por ambos flancos. Aquí y allá, exóticas palmeras y copas puntiagudas de pinos agujereaban el aire con su figura enhiesta. El conjunto era duro, áspero y desagradable por el peñascal. A la derecha, una colina más pequeña y menos árida coronábala el Panteón: á la ixquierda, otra, hallábase poblada por los habitantes de Mexicapan: Pero lo que causaba desagrado hasta llegar al vértigo, era la monótona sucesión de rocas, ese amontonamiento de peñas que violentaban la perspectiva. Soñaba uno con cataclismos, erupcio-

nes volcánicas, terremotos verificados en épocas legendarias, y, en esos momentos en que el cielo azul parecía quemarse en el Ocaso con resplandores de incendio, destacábanse por todas partes los peñascos simulando figuras monstruosas: mastodontes echados sobre sus cuatro patas; tortugas colosales ocultando la cabeza: focas antediluvianas y hombres gigantes encorvados, trepando con trabajo á la montaña. Al centelleo del celaje ó al cambio repentino de colores en el cielo, parecía que tomaban vida, se movían. Honda melancolía y tristeza infinita apoderábase del espíritu ante aquel rudo paísaje.

—¡Ahí está ya el pueblo!—exclamó embobado Basiliso.

Al entrar en los *callejones* Angela dijo:

—Ya es tarde; vamos á prisa, se nos hace noche.

A poco distinguieron la presa, en la semiobscuridad del espirante crepúsculo, el amate gigantesco de espesa fronda que ennegrecía el camino y la embocadura de la pedregosa calle de entrada. Los caballos como si adivinasen que rendían la jornada, comenzaron á trotar disputándose la delantera. Siguieron calle arriba, volvieron á la izqierda descendiendo y encumbrando la tortuosa calle real y al llegar á la casa de Nacho hizo alto la comitiva.

—Buenas tardes.... apéense, señores—saludó el padre de Angela, que, obsequioso y cumplido, con la venerabilidad de su plateada melena, la sinceridad de su tostado rostro y el semblante afectuoso de hombre de bien, salió hasta la calle para ayudar á desmontar á las señoras.

Nacho agregó: «Nadie se va de acá hasta que tomemos un refresco ¿ver-

dad, papá? Oye, tú (á un granuja de los muchos que allí habían acudido con motivo de la fiesta que se preparaba) lleva esos caballos casa de Sotero y Basiliso.»

—Sí, señores.... pasen; creo que no nos harán el desaire.... Jacinta, entra á las muchachas—expresó Angela con una leve sonrisa.

VIII.

PENETRARON en una amplia sala con ventanas á la calle y puertas al corredor, por un estrecho zaguán, alumbrado en esos momentos con aparatos de petróleo, pendientes del techo. Alineadas contra el muro, una porción de sillas verdes de Tenancingo; en los ángulos, rinconeras de cedro conteniendo: una, el nacimiento del Niño Jesús, de bulto y en miniatura, obra de Burgos; otra, una estampa á colores de San Agustín, encerrada en un nicho de

cristal, y las restantes, cachivaches de barro cocido y dos verdes esferitas de vidrio puestas sobre unos floreros de porcelana; en las paredes, cuadros de las cuatro Estaciones y algunos asuntos sobre Naná, de Zolá, colocados encima de banderitas tricolores entrecruzadas, y en el techo, cubriendo las vigas, anchas fajas de papel de china, caladas. Había en el centro de la pieza sobre una mesa larga, con asientos en sus cuatro lados, rimeros de platos de todas clases y colores; bandejas de *rosquillas*, soletas, *tamalitos* de *cuajada* y trozos de marquezote, empenachados por una variedad de banderillas de oropel; botellas de licor, de vino y de coñac, alternando con vasos y copas de todos tamaños, y aquí y allá sobre charolas, grandes *ojaldres* de un olor exquisito ostentaban inscripciones en loor de los recién llegados.

Fueron invitados al banquete: miembros de las familias de los estudiantes, el señor cura, dos concejales, tres comerciantes de abarrotes, el prefecto, el juez de primera instancia, dos tinterillos y un curandero.

—A la mesa, señores..... anden ustedes.... vamos.... no, no, ustedes... anda, padre (por el cura,) tú presides la mesa... ¡Angela! sienta á las señoritas..... ¡tía Martina! véngase por aquí conmigo, los viejos aparte.... je, je... Sin cumplimientos, señores, sin cumplimientos, están en su casa. Pero siéntense, pues. ¡Ignacio..! no olvides tus amigos.— Estas palabras las vertía el jefe de la casa, yendo de un lado á otro, al mismo tiempo que hacía sentar á cada cual, comprimiéndolos lijeramente de los hombros, en el lugar que les designaba.

Un mozo grasiento, de melena lacia, vestido de manta, sin zapatos, colocaba los platos frente á cada asiento.

—Vamos, señores, tomen ustedes lo que les agrade—expresó en voz alta el anfitrión.

Nadie se servía nada; todos estaban cortados. A las reiteradas instancias del anciano, el cura alargó el brazo y tomó una *pucha*; la mayor parte, como movidos por un resorte, tiraron á la vez de las soletas. Algunas jóvenes entumidas no se atrevían con la *fruta de horno*. Angela les daba en las manos ó ponía sobre sus piernas los platos servidos. Nacho y Sotero se pararon y destaparon las botellas. Cuando todos hubieron apurado sus copas, comenzaron á cuchichear aquí y allí, á poco se hizo general la conversación y á la postre dominó la voz gruesa y ho-

rrísona del sacerdote. Brindó. Entonó su alocución deslabazada, llena de lugares comunes, con acento monótono, inexpresivo, enlazadas las manos sobre el pecho, bajos los ojos, con ademán contrito, como si rezara un sudario por las almas de los que fueron. Otro, un regidor, en conceptos dislocados, premiosos, extraídos con tirabuzón de las obstruidas celdillas de su cerebro, también dijo algo. Un chupatintas declamó unas cuartetas asonantadas que plagió descaradamente de «El Monitor Republicano»; Tomás discurrió en representación del padre de Nacho y sus colegas.

Como aquello era simplemente para hacer boca, dieron cuenta con los vinos de la mesa, sirviéndose con profusión. A poco se pusieron en pie con ruido fuerte, bamboleantes, alegres, chanceros, aventando las sillas

debajo de la mesa ó dejándolas en posiciones desordenadas. Unos, formando grupo, acercáronse á una de las ventanas riendo y fumando; otros, en los ángulos de la pieza, y los más listos retiraron las mesas del centro para tener sala, colocándolas encimadas en el extremo del corredor. Las mujeres enlazándose de las manos ó abrazándose por el talle, pasaron á un cuarto á peinarse y arreglarse las ropas.

A poco se despidieron de la reunión, en vista de estos preparativos, dando la mano á todos: el cura del lugar, los concejales y dos comerciantes.

La orquesta que se colocó en el claro de una de las puertas que daban al corredor, anunció una danza. Rompió el baile. A medida que salían las jóvenes del tocador las atrapaban los pollos. Pronto se llenó el

salón de bailadores. Aqnello era verdaderamente democrático. Había tipos en mangas de camisa, con pantalones cachirulados y raídos por la parte de abajo; otros nadaban en sacos de dril á rayas diagonales, sin chaleco, con el cuello abarquillado, maneándose con los zapatos de correas que agujereaban el pavimento con la clavazón de la suela, y otros, se envolvían en blusas de manta pintada que les llegaban á las corbas; pero eso sí, todos bailaban á tontas y locas, jadeantes, chorreándoles el sudor por los carrillos....

Sotero y Rosaura se lucían bailando un wals con arte. A pesar de lo acelerado de la música hablaban:

—.... Bien, para convencerme... necesito de una prueba tuya.

—¡Te he dado tantas!

—Sí, pero quiero otra....

—¿Qué prueba quieres?

—Que me otorgues una cita.

—¡Ah, no!

—¿Cómo se entiende?

—¡No, no! ¡ay! eso sí que no.

—¿Por qué?

—No lo vayan á saber mis padres, no tengo tiempo para salir.... ¡Ay, Jesús, tú, no!—estrechándose con él.

—¡Qué van á saberlo!—objetó Sotero.—No temas, querida.... ¿O no me quieres?

—Múcho, mucho—comprimiéndole del brazo, haciéndole guiños y acariciándole con los ojos, terminó Rosaura.—Pídeme lo que quieras... eso no.

—Pues ha de ser. Ve como haces, angel mío, necesito hablar á solas contigo.

—¡A qué gracia! ¿Y qué quieres..? —riéndose á las barbas.

—¡Oh, ya verás...! De otro modo....—en tono de resentimiento.

—¿Qué? Vamos á ver.

Se pararon; ella se colgó del brazo de Sotero y echaron á andar en redondo del salón.

—Creeré que amas á otro—terminó él con cómica soriedad.

—¡Vuelta! Para que no pienses eso, mañana te digo donde podremos vernos . . . en mi casa ¿quieres?

—No, tu hermana no nos dejará solos; en otra parte.

—Mañana lo sabes, chiquito—viéndole con dulce languidez.

Volvieron á danzar con rapidez frenética. Al pasar junto á una de las ventanas, ya enteramente anochechido, de un grupo que atisbaba á través de la reja salió una voz bronca y burlona que dijo: «Ora, muñeco, júntatele más . . .»

Rieron los de la calle al oir la insolente injuria, con esa risa insultante y grosera que gasta la plebe en

su ironía canallesca con los de arriba. Rosaura se extremeció lijeramente, conoció desde luego aquella voz, era de Pablo. Sotero se hizo el desentendido. Pero Tomás que se hallaba sentado cerca de allí y oyó claramente la broma truhanesca salió furioso á la calle y encarándose con el montón preguntó: «¿Quién ha hablado de ustedes? ¿No responde? Pues ése, lo digo y lo sostengo, ése es un miserable y un canalla, ¡cobardes!»

Al entrar en la sala, se encontró de manos á boca con Angela que obsequiaba en esos momentos una copa de licor al maestro de la música y otras de mezcal á sus compañeros.

—Don Tomás—prorrumpió—ayúdeme.

—Con mucho gusto—contestó Tomás cogiendo de manos de Angela la charola que contenía una botella y copas á medio servir.

—Vámonos—le indicó ella después que pusieron atropelladamente los músicos las copas consumidas en la charola.

A Tomás le agradaba Angela, pero sentía cierto respeto hacia ella, que no le dejaba declararse. Y eso que ignoraba una versión vulgar que en el pueblo corría valedera respecto de su conducta.

Siendo íntima de Jacinta, de quien no se apartaba jamás á excepción de las horas en que imperiosamente cada cual debería estar en casa, formaban en gustos, en costumbres y aspiraciones, una sola personalidad. Una se fundía en otra. Si había teatro, circo, títeres ú otra diversión cualquiera, la presencia de una en tales reuniones acusaba infaliblemente la de la otra. A los bailes casi nunca concurrían, pero si la una iba la otra había de seguirla. Las más tardes

iban á la iglesia vestidas iguales. Esto llegó á chocar al vulgo que no comprende jamás que entre dos personas del mismo sexo exista un cariño tan extremado y tan pasional, por eso inventó que Angela, la más varonil, era hermafrodita y que, naturalmente, para Jacinta no había un afecto lícito sino un amor sáfico. Esta especie infamante llegó á ser en el pueblo una verdad sin discusión. Por eso los pollos en vez de acercarse á una y otra para cortejarlas huían desalados; hasta los varones fuertes pusieron pies en polvorosa en presencia de estas almas gemelas. Nadie se atrevió á hablarles de amor. Angela nunca tuvo novio. De Jacinta se dijo, que niña todavía, de catorce años de edad, había tenido sus esparcimientos amorosos con el curandero y que estuvo á punto de ser pedida en matrimonio. más sin saberse por qué

él se arrepintió de sus intenciones conyugales. Verdaderamente, ellas no se prestaban á cortejos insulsos, ni daban pábulo á majaderías de jóvenes imberbes, al contrario, contestaban á sus requiebros tontos con palabras enérgicas y un tanto duras, de tal modo que les dejaban fríos. Motivo más para creérseles lésbicas.

—Oigame, Angela—expresó Tomás con emoción—¿y usted cuando se casa?

Lo miró con extrañeza la interpelada, más al notar la sinceridad de la pregunta, contestó con ingenuidad:

—¿Yo? Nunca. ¿Quién quiere usted que me quiera? Ya estoy vieja...

—¿Cómo quién?

—Sí, ¿quién?

—No diga V. eso... no faltaría... cuántos tendrían á honra...—fijando en ella sus encandilados ojos.

Angela comprendió el concepto y

so pretexto de una atención de momento, se retiró á la pieza contigua, un poco ruborizada.

A las diez de la noche terminó el baile; el juez de primera instancia y uno de los tinterillos que hacía los negocios *por mitad*, demasiado alegres, se retiraron los últimos.

Al despedirse Tomás de Angela, le preguntó ésta:

—¿Sale V. mañana?

—No—intervino Nacho—se va á estar unos días con nosotros.

—Sí, quédese V.; le prometo que se divierte—y sin darle tiempo para excusarse, le dijo en seguida:

—Mañana vendrá V. ¿verdad?

—Sí, Angela, con mucho gusto—contestó al fin el tierracalenteño.

A ese tiempo, Sotero que salía del cuarto inmediato le tomó del brazo, y dando las «buenas noches» echaron á andar calle adelante.

IX

PABLO Gómez, el antiguo pretendiente de Rosaura, era un joven de veintidos años de edad. Alto, seco, tieso como un huso, mostraba en su rostro moreno y alargado, hondas cicatrices de viruela. Repugnaba á primera vista con esa antipatía inexplicable que se desprende de ciertos seres humanos: tal parece que la Naturaleza los ha sellado fatalmente con una señal de condenación, envolviéndolos en un fluido magnético de malhumor y contrariedad.

Tenía los ojos bizcos que revelaban una alma aviesa con negruras y rugosidades de dantesco abismo; su frente estrecha y aplanada hacía pensar en seguida en la ruindad de miras y en lo anémico de su cacumen que se ocultaba bajo de su pequeño cráneo; gruesas pestañas sombreaban lúgubremente el centelleo de su mirada de fosforescencias felinas; su cabellera hirsuta y rebelde y su escasa barba, daban á su semblante la desconfianza fosca del indio, y los dientes largos, la nariz chata, las orejas movibles y los negros labios salientes, provocaban á risa, diríase que se hallaba uno en presencia del tipo darwiniano: el inmediato ascendiente del hombre. Era contrahecho y cascorvo, de tal manera, que al andar, sus piernas formaban dos arcos que encerraban un claro ovalado. Vestía, como vestían generalmente

los de su clase en esa época: camisa de indiana con pájaros estampados en fondo rosa, adornada de alforzas grandes en la pechera, y pantalón de tela de algodón á rayas azules: calzaba botines de becerro con el resorte de color morado y usaba sombrero de palma, caído á un lado.

Nacido entre el barro del arroyo, como hijo del azar, de padre anónimo y de una criada negra, no conocía otras gentes ni otro trato que los de hez de la plebe. Su madre, trabajando día y noche, sirviendo siempre como se sirve en estos pueblecillos, en que á la vez que se desempeñan funciones de persona, se ejecutan oficios de bestia, no tuvo tiempo de ocuparse del crío, ni recomendaciones eficaces para ponerle en la escuela parroquial. Tampoco tuvo parientes á quienes recomendarlo. Con esto, apenas nacido, para que no la im-

posibilitase en sus quehaceres, se lo echaba á las espaldas como pequeño fardo, liado con el rebozo que ataba al pecho; allí dormía el *piltontli* largamente y si se despertaba no daba señales de disgusto: tal era la costumbre. Cuando pudo andar, para evitarle porrazos y á ella cuidados, lo amarraba con el negro ceñidor, de un horcón de la cocina, sentándolo en un trozo de frazada, y á los lados, para que no rodase, arrimaba líos de guiñapos.

Después, ya crecido, soltábalo, y el muchacho por miedo á la inmovilidad, corría á la calle. Allí hizo sus primeros conocimientos y recibió las primeras enseñanzas de perdido. Entraba á robar, con otros arrapiezos de su calaña, las frutas en los cercados vecinos; apedreaba los balcones, las puertas y los tejados de las casas del vecindario; íbase á

la plaza de comercio, pedía tlacos, mendigaba mendrugos de pan, comía la bazofia de las carnicerías, y cuando no le era dable allegar nada por pacífico medio, hurtaba lo que podía. Así llegó á los quince años, entre las quejas de los habitantes y las correcciones disciplinarias del alcalde.

Una mañana, el carpintero de la casa de enfrente en que servía la madre, que trabajaba en un cobertizo deshecho, pidió al granuja por aprendiz y se lo dieron. Entonces Pablo, à quien no disgustaba el oficio, trabajó con tezón, sorprendiendo á todos con su cambio de conducta. Cierto, que los días domingos que percibia su salario, se lo bebía con otros de la broza en las cantinas de los suburbios, de donde no salía bien librado, ya de las broncas que provocaba su lenguaje agresivo y altanero,

recibiendo golpes y bofetones; ya de las garras de la policía que lo arrestaba en la cuadra por su borrachera escandalosa; pero eso sí, el lunes pegábase al trabajo como un negro. Jamás modificó su carácter reconcentrado, sombrío y rebelde; pues si bien es cierto que en su juicio no desplegaba su acometividad, beodo se hacía de día en día más peligroso. Así llegó á la mayor edad.

Al saber que varias personas visitaban á Rosaura, á quien conocía de tiempo atrás por haber permanecido algunos días con motivo de su oficio, azuelando canoas y labrando puertas casa D. Primitivo Sorites, en el rancho; no vaciló en ir á su vez á la nueva residencia de quella juzgándola como anterior conocimiento, y al verla tan agraciada, comunicativa y simpática con el desarrollo de su edad, se prendó de ella perdidamente.

Al principio, Rosaura lo tomó á broma, burlándose bonitamente de su cortejo; pero cuando advirtió que ni las puyas embozadas, ni los sarcasmos intencionados, ni las frases duras le hacían mella; que pasaba por todo género de humillaciones y burlas, al extremo que, cuanto más se le desdeñaba, más se hacía el resignado y el sumiso, con esa mansedumbre y compunción del perro que mueve la cola en ademán de halago al recibir un puntapié, ó lame agradecido la mano que le pega; se alegró demasiado. Pensó utilizarlo y le inspiró confianza.

Desde entonces, cuanto ganaba en el oficio lo daba á Rosaura en obsequios, en préstamos, en cualquiera forma. Así llegó á interesar; de modo que cuando hacía falta su cuotidiana visita se mandaba á buscarle. La costumbre se entronizó, y en ade-

lante, Pablo fué como un miembro más de la familia. No había recado que no llevara, ni encomienda que no se le diera; se necesitaba traer algo del campo. allí estaba Pablo para hacerlo; había que arreglar algo urgente en la ciudad, Pablo desempeñaba el cometido venciendo obstáculos y allanando dificultades. ¿Escaseaba el dinero? Allí estaba él para agenciarlo. Teníase como «el yunque de la casa» y así se lo expresó D. Bruno varias veces.

Para las gentes el papel de Pablo no era nada dudoso ni demasiado decente; para los de la casa una gollería; poco les importaba saber porqué estaba allí, la cuestión era que trabajase y les diese su dinero; para él ¡nonada! jamás quizo analizar su posición ¡qué más daba! Lo que necesitaba para la vida, como del espacio el ave, del sol las plantas, del aire y

el calor los seres todos de la creación; teníalo allí, junto á Rosaura, ya en la atmósfera que respiraba, ya en los objetos que á diario tocaba y veía, ó bien en el polvo que hollaba, admirándola siempre, obedeciéndola en sus mandatos, adivinándola sus más nimios deseos, así fuese objeto de sus burlas: ¡Sentía tanto consuelo cuando se reía de él!

Por supuesto, Rosaura, al verse abandonada de súbito por sus antiguos galanteadores, halagó á Pablo con despiadadas carantoñas y le espoleó con crueles coqueterías, llegando á caldearle los cascos á extremo tal, que el pobre diablo estaba dispuesto á dar con gusto la vida por ella si la pedía.

Entre bromas y veras, la muy ladina, habíale significado corresponder á su amor.

Varias veces, él habia propuesto el

matrimonio con dolientes ruegos, mas ella se echaba á reir diciéndole: «No te apures, hombre, más adelante... más adelante.... Trabaja, haz mucho dinero y entonces...quizás... ¿oyes?» y concluía con una significativa señal, enlazándole ambas manos, á la par que le arrojaba á las barbas una incisiva carcajada.

En tal estado las cosas, una mañana se apareció Sotero presentado por Nacho, casa don Bruno.

El poeta, el soñador, el romántico, se prendó tanto de la gracia femenil, de la belleza nefasta y de la alegría embriagadora de Rosaura, que le hizo el amor en el acto, sin temor al desaire.—Débil resistencia en la conquista.—A pocos días todo el pueblo conocía las relaciones amorosas de los dos jóvenes.

Sabedor Pablo de ésto, se desesperó, lloró de rabia y juró vengarse.

Al principio balbuceó reclamaciones tímidas á Rosaura por su infidelidad; pero como no le hacia caso y solo respondía con carcajadas burlonas á sus frenéticos celos, subió de punto la excitación de ánimo del abandonado. Día llegó en que después de serias recriminaciones la dijo: «Rosaura, ¡por Dios! no me desprecies... Me moriré ¡ay! si me abandonas...!

—Quita allá, necio, no fastidies—contestó ella.

—Bueno... ¿no me amas ya?—interrogó doliente.

—Mira, ten juicio, le hizo observar ella. No me pongas en ridículo, mentecato; te prohibo encelarte, ¿lo oyes?

—¡Ay! no puedo—lamentó él.

—¿Quién eres tú, desgraciado,—replicó ella—para cobrarme celos? Eres una monstruosidad humana—y rióse con una causticidad tal, que dañó mucho al pobre hombre.

Mas tarde, volvió á la carga el infortunado.

—Oye, no puedo aguantar más—la expresó con las manos crispadas, el semblante fosco y lijeros extremecimientos en los labios, y concluyó fatídicamente: «O ese catrín ó yo....»

—Tú, hombre, tú,—haciéndole un leve cariño en los hombros con la diestra—pero haste el desentendido y no molestes.

—¡Oh, eso no! Cuando le veo siento ganas de ahorcarle.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Miserable! Escucha: el día que le digas algo, vamos, con sólo que le mires amenazante, me la pagarás. Oyelo bien: ese día te odiaré.

Vertió estos conceptos con tal ira; había en su voz y en sus ademanes tal decisión, que Pablo se intimidó y bajó los ojos.

—Está bien, le prefieres....—gimió sumiso y lloroso.

—Te digo que no me trates de él nunca; yo haré lo que se me antoje y á tí nada te importa.

—¡Que no me importa! (reaccionando) Rosaura, ten cuidado, si ese muñeco insiste en venir.... ¡le mataré!

—¡Qué has dicho, infame!—rugió ella con el enojo de la hembra herida—¡Lárgate de aquí!—ahogándose de mohina—¡pero, ya, pues!— tronándole los dedos.

Pablo bajó la vista torva temblando, palideció por algunos instantes, sus labios vibraron, pero nada dijo; hizo un esfuerzo sobrehumano y se dominó. Calmado aparentemente contestó:

—Está bien, adiós...—y pronunció estas palabras con acento desgarrador.

Rosaura advirtió que amaba á Sotero al notar que Pablo le odiaba y se encolerizó al cerciorarse de que podía dañarlo. Quizás este amor fué el primero que dejó de ser un pasatiempo. Juzgaba á Pablo tan bajo y estaba tan perdidamente enamorado que por primera vez también tuvo la intuición de un desastre. Temblaba ante el recuerdo de la amenaza. No vaciló, pues; retuvo á sí con ternura y con amor al poeta y puso de patitas en la calle á aquel infelíz que la veneraba con inflamada pasión.

Concluyó el período de vacaciones.

Una noche en el dintel de la puerta que daba al patio, se despidieron entre lloros y protestas, entre besos y caricias el estudiante y su amada, jurándose con la inconsciencia de la edad y la efervescencia del cariño,

amor eterno. El, volvería al año siguiente y ella, ansiosa, lo esperaría fiel.

Al marcharse Sotero á Chilpancingo, acercóse de nuevo Pablo, volviendo sin saberse cómo, sin conciencia del hecho por parte de Rosaura, en fuerza del hábito, sin duda, á su antigua vida: fué otra vez «el yunque de la casa.» Rosaura lo alentó de nuevo mostrándole con sus coqueterías quo le estimaban aún.

Concluyó el año, se presentó Sotero, otra vez; á los mandatos de Rosaura, se alejó el desventurado carpintero con el más negro de los despechos en el alma y la más reconcentrada de las iras en el corazón.....

Un plán diabólico incubaba, tomaba cuerpo, se erguía amenazador bajo su maldito cráneo.....

X

UNA cinta de naciente sol se coló por una de las rendijas de la ventana, atravesando diagonalmente el rostro de Sotero, que, acostado en su lecho, soñaba aún en los últimos episodios del baile. Movía de vez en cuando los labios como si repitiesen un casto beso. . . . . Dibujábase en sus facciones infantiles, transparentes y doradas por el esplendor del rayo solar, una leve sonrisa: tal vez oía el argentino acento de Rosaura, prometiéndole con su

amor ardiente y apasionado, una felicidad de paraíso; á poco un tierno suspiro brotó del pecho y subió á los labios, escapándosele frases balbuciantes. . . . . Quedó un momento inmóvil. Repentinamente todos sus miembros se extremecieron, se retrató en su faz el despecho y el enojo, tendió los brazos sobre la almohada con los puños crispados y pronunció claramente una blasfemia: jiraban en su memoria, seguramente, las palabras insultativas de su rival.

—Se recordó.

Tomás que desde su cama, tendido sobre el costado izquierdo, observaba los gestos de su fisonomía y los movimientos de su cuerpo, estudiando las manifestaciones del sueño que comenzó dulcemente para terminar en una pesadilla, le gritó:

—¡Sotero, ¡Sotero!

Este levantó bruscamente la cabe-

za en dirección á la voz, abrió desmesuradamente los ojos y con la inconsciencia del despetar, dijo:

—¿Tú eres, Tomás?

—Sí, yo; ¿en qué soñabas?

—En nada, ¿por qué?

—No me engañes: soñabas en cosas alegres y tristes. Haz memoria.

Haciendo un esfuerzo como para juntar sus recuerdos, Sotero contestó:

—Parece que sí. . . . . Apenas recuerdo que reñía con alguien. . . . no sé quien. . . . Oh!

Hizo un gesto de disgusto y un movimiento negativo con la cabeza, como él que procura ahuyentar las últimas impresiones de una pesadilla.

—No me engañes, insistió Tomás, tú has tenido alguna contrariedad anoche y soñabas. . . . .

—No, hermano, palabra; al con-

trario. . . —y se revolvió en el lecho hacia Tomás, colocando la mano izquierda extendida en la almohada y descansando en ella la mejilla.

—Si vieras, continuó: he logrado lo que estimaba sumamente difícil, digo, punto menos que imposible....

—¿El qué?

—Una cita de mi amada—dibujándose en su rostro una dulce sonrisa.

—¿Para cuándo?

—Hoy me indica la hora y el lugar. No quería, luché valerosamente y al fin, querido, he logrado convencerla. Soy muy feliz! Voy á hablarla á solas.

Incorporándose bruscamente tendió la mano á la silla inmediata; cogió el pantalón gris á cuadros sombreados que sacó por la noche de la maleta de viaje y embutió sus piernas; luego se calzó los botines

de trompa, embetunados cuidadosamente, sobre los calcetines burdos de Tlapa, y poniéndose en pie se puso la camisa. Iba abrochándose paulatinamente en dirección á la ventana, y silbando un trozo de vals en boga, de Juventino Rosas. Al llegar tomó un vaso de agua, se enjuagó, limpiándose la dentadura y con un fragmento de peine se asentó el pelo. De seguida estirándose los puños de la camisa, sentóse á la cabecera de Tomás.

—Pues sí, chico, ¡qué día más grato!

—Con que una cita, ¿eh?

—Como lo oyes.

—Bien. . . . ¿y cumplirá?

—Ya lo creo, respondió el poeta con acento de profundo convencimiento, y mirándole con entusiasmo á los ojos le dijo:

—Es muy linda Rosaura, ¿verdad,

tú?, y acariciándole la revuelta cabellera siguió:

—Sobre todo, mano, me ama demasiado. Verdaderamente la hallo apasionada. . . . ¡si tú la oyeras!

Tomás, por piedad y amor á aquel sencillo corazón, á aquella naturaleza exquisita y sencilla de artista y de un fondo creyente, propio del primer amor, no hizo objeción al último concepto de Sotero. Sabía que Rosaura, antes que amante, era coqueta, y su conducta, un tanto dudosa, nada bueno le traería á su amigo. Sin contestar categóricamente y mientras aquel hablaba, lió un cigarrillo que tomó de la cajetilla oculta bajo de la almohada, lo encendió y llevándoselo á la boca arrojó una bocanada de humo.

—Seguramente es la más guapa del pueblo—afirmó Sotero.

—En cuanto á eso.....

—Y la más lista.

—Ya.....

—¡Tiene un fondo de sentimientos.....!

Tomás no contestó. La nube de humo cubrió por un instante su rostro; luego, adelgazándose suavemente, ondulando, formando figuras caprichosas y esparciéndose en dirección á la corriente de aire, se elevó hasta el techo, apenas visible.

—Hermano, soy muy feliz—y volvió Sotero á alizar el pelo de Tomás, delicadamente.

Tras breve pausa y arrojando el tierracalenteño la coletilla de su cigarro hasta la puerta, maquinalmente pronunció este concepto:

—Bueno, pues, te felicito—y se vistió.

A laz diez de la mañana andaban ya en la calle X..... Tomás decía á Sotero:

—Si vieras, tú, Angela me simpatiza.

—Cántale.

—Nó, eso es muy serio. Quizás no me querría y esto bastaba para que me enamorase como un turco, lo cual me haría cometer muchas barbaridades. Por otra parte, hijo, aun no concluyo mi carrera. Más allá, si no se casa, tal vez; pero, créete, me simpatiza mucho. No le hace que sea de alguna edad, mejor: más experiencia, más juicio y más discreción en el amor.... Por ahora sería una verdadera tontería.

—¿Tontería, dices?

—Claro; no pudiendo cumplir nada de pronto, ¡pero qué bruto soy! me pongo en el caso de que me correspondiese....

—Y te corresponde, vale; yo sé lo que te digo.

—No lo creas, es muy lista; ve las

cosas con la frialdad de su edad, á través de un buen criterio, y fácilmente se explica que nosotros no tenemos ningún porvenir definido. Nó, hermano, no me pongo en ridículo.

—¡Cobarde!

—Lo seré, qué quieres.

—El que no arriesga.... no pasa la mar.

—¿Y qué aventajo, en el caso mejor, con entretenerla? Porque, manís, yo concluiré mis estudios sabe Dios cuándo. Tengo negros presentimientos acerca del porvenir . . . Presumo, sin explicarme el por qué, que voy á ser el juguete del destino . . . No te rías.

—Superticioso y fatalista.

Llegaron á la casa de Nacho. Angela con la sonrisa en los labios y la alegría sana en el corazón, salió á recibirlos.

—Siéntense ustedes; Nacho salió

ya, pero no tardará nada, me dijo que volvía luego. . . á ver los sombreros.

—No, no—dijeron á una los recién llegados—Vea usted, aquí los colocamos.

—¿Me permiten que los deje un momento mientras concluyo de arreglarme? Ya saben que están en su casa—sacándose el peine que tenía metido á raíz de la cabellera, junto al occipucio.—Se me ha hecho tarde; la mañana me ha parecido sumamente corta y no he hecho nada; no lo creerán ustedes, mas á las flojas como yo jamás les basta el tiempo. . . . Un momentito . . .

A las once llegó Rosaura, y tras ella Nacho.

—Bueno,—dijo Nacho á Tomás,—para obsequiarte como lo mereces (riéndose) te vamos á dar mañana una tamalada en la Quinta.

Oye, Rosaura, invita tú; no te que-

des corta, que vayan todas las muchachas para que las conozca Tomás, á ver por quién se decide, (ríe más fuerte.)

—¡Oh, no merezco..! Mucho hónor —pavoneándose—contestó Tomás.

—Bueno,—contestó á su vez Rosaura.—Por eso no ha de quedar.

—Vamos á ver que dice Angela, (quien salía en esos momentos de su cuarto enteramente arreglada) ¿Qué opinas, tú? ¿A quién convidamos? ¡Ah! Aquí está ya Jacinta (que se presentaba acompañada de su hermano Basiliso) Buenos días, chica—y dirigiéndose á Basiliso—¿Y Juanita? ¡A que tú! Nos hace falta Juanita —y soltó una ruidosa carcajada.

—Loca—la dijo con severidad Angela!

—¡¡Mira!!

—Buenos días, señores—saludó Jacinta.

—Buenos días, señorita Jacinta.

—¿De qué se trata?—interrogó ésta á la vez que se sentaba y se daba aire con su rebozo de bolita.—Oigamos.

—De una tamalada para mañana en la tarde y en el campo—expresó Angela—¿Qué dices?

—Que está bien—manifestó en voz alta la interpelada.

—¡Magnífico!—musitó Basiliso al oido de Sotero.

—¿A quiénes convidamos?—insistió Rosaura.

—A nuestras amigas, ya las conoces.

—Sí, claro; pero Nacho quiere que á todo el mundo.

—Yo...—intentó hablar Angela.

—No, para estas fiestas familiares hay que convidar á las personas de nuestra estimación—afirmó Jacinta con autoridad.

—Dices bien. Nada de personas de respeto—confirmó Rosaura.—No soy amiga de las personas serias ni de las gasmoñas. Me cargan las de aspecto grave. A mí me agrada el bullicio, la libertad de obrar, el trueno—y descargó su mano con cariño sobre el muslo de Jacinta.

—Bueno, tú, cuidado—expresaron á una Angela y Jacinta. Esta continuó dirigiéndose á Rosaura:

—Tú y Nacho, os entenderéis con la invitación. Yo y Juana arreglarémos lo demás. Angela dirige.

—De acuerdo—contestó Quijano.

Se habló de varias cosas: del baile de la noche anterior, del clima, de las fiestas próximas de noviembre y de otras poridades que constituyen el fondo de toda conversación de la gente del pueblo. Volvieron á tratar del día de campo, sobre á quién se encomendaría la confección gastronómica

y el arreglo y servicio económicos, á qué hora se citaría á la reunión, á qué personas no íntimas se convidaría también.

Mientras todo esto se ponía al debate, Rosaura se apartó discretamente á la ventana, allí la siguió Sotero.

—Y bien, ¿ya pensaste dónde debemos hablar esta tarde?

—¿Te parece la casa de Juliana?

—¿A qué hora?

—A las cuatro. Oye, ten cuidado; no te vayan á ver esas gentes de enfrente... entra, por el corral.

—Bien, á las cuatro, no hagas falta.

—Haré lo posible.

—No, con seguridad te espero.

—¡Haré lo que pueda! ¡qué exigente eres!

—Rosaura, ven acá—llamó Jacinta—acabemos de acordar todo; se pasa el tiempo, yo tengo que ir todavía á la Palma.

—¡Oh! lo que ustedes resuelvan estará bien—indicó Rosaura volviéndose bruscamente en dirección al grupo y descansando la cabeza, echada hacia atrás, contra la reja.

—No, ven—insistió Angela.

Continuó el debate, acalorándose en partes y en partes tomando la cosa á broma.

Llegó la hora de la cita.

Entró Sotero en la casa de Juliana, (una antigua criada de Rosaura que vivía amancebada) por la parte posterior, saltando la empalizada. En el corredor lo encontró, moviéndole la cola y con las orejas gachas, el *Capulín*, un perro negro, á trechos gríseo por la vejez y de raza primitiva. Pasó el dintel de la salita y sentóse. Examinó con el detenimiento del ocioso y con el paciente escrúpulo del que desea que pasen las horas sin sentirse, el menaje de la pieza. Vió en el lado

derecho y en desorden, dos sillas de tule grandes y una pequeña tejida de ixtle; enfrente, una alacena de gruesas tablas embutidas en la pared en línea horizontal, sin puertas, ostentando á través del polvo y las telarañas, trastos de barro cocido, *zacuales* de Olinalá, un frasco de cristal, dos botellas cerveceras, un par de tazas chicas y cuatro platos con dibujos azules y rojos; y á los lados, pendientes de clavos, grandes jícaras de Acapetlahuaya en que pintaron al óleo, el ingenio y el arte indios; en el interior y en el fondo, dos charros en tirada carrera, con la reata en onda y en ademán de intentar lazar un toro que escapaba con el testuz inclinado, como defendiendo la cornamenta; cerca del borde, grecas caprichosas alternando con pájaros é insectos de invención azteca, y en la parte exterior toda la flora riquísi-

ma de la región. Abajo, sobre un trípode tosco, una tinaja de agua con tapadera de madera blanca y encima un jarro engretado. En el lateral izquierdo, sobre la pared desconchada y pringosa de chinches, dos imágenes religiosas á colores chillones dentro de un cuadro de color carmín, y en el fondo, á un lado de la puerta que comunicaba con el cuarto-alcoba, un montón de trebejos: costales agujereados de Coatepec, cuaxtlis cortados por el centro para defender las mataduras del animal, sillas de carga, morrales de iztli, lazos, madejas y una aguja de árrea. Encima de este maremágnun, colgada de una estaca, una máscara del «baile de los moros» riéndose con una mueca espantable.

Juliana empujó la puerta de la calle, que chirrió fuertemente. Sin sorprenderse saludó sonriéndose á Sotero.

—Dijo que no dejaría de venir. . . . ¡caray! Es usté puntual—expresó la delgaducha y esmirriada sirviente, de faz terrosa, ojos hundidos y naríz de cotorra, que se desrebozó enseñando el saco sucio y las enaguas hilachosas. No ha de tardar. . . . . á ver si no se enfada usté—riéndose como la máscara terrible de Tiberio—Voy y vengo—y salióse al corredor.

Colocó Juliana sobre el brasero la compra, sopló el hogar con el aventador, colgó las greñas que flotaban sobre su macilento semblante, de sus orejas largas y entró de nuevo á la sala.

—Cree usted que venga. . . . . ?—preguntó Sotero un poco impaciente y con acento dubitativo. Deben ser ya las cinco.

—Sí.

Dieron las seis y Rosaura no parecía. A las siete, condolida Juliana,

fué á verla. Volvió á poco: «Rosaura no vendría. Intempestivamente y estando ya dispuesta, llegó visita, ¡qué desgracia! Naturalmente tuvo que cortejarla. Al otro día sería.» Lo dijo embarazada y con pena.

Sotero despechado echó á andar calle arriba. Iba irritado planeando en su magín una carta tremenda para Rosaura.

Al otro día, lo mismo. Esperó y esperó hasta muy tarde y todo fué inútil; Rosaura no fué á la cita. Dió otra excusa. «Su padre se había embriagado con exceso la noche anterior y había amanecido con fiebre. Parecía que la enfermedad era de cuidado por tener el organismo tan destruido. Ella, naturalmente, no se apartaba del lecho del enfermo. Pero ofrecía que otra vez..... sí, otra vez.....»

Juliana expresó esto más apenada

que el día anterior, bajos los ojos, balanceándose y haciendo un rollo del delantal.

Sotero, más irritado que la vez primera, se largó de la casa de Juliana, sin saludarla.

Al remontar la calle no se le apartaba de la imaginación la mueca infernal de la máscara: pensaba que se reía de él con su risa dolorosa y burlona.....

XI

NO tuvo lugar el paseo campestre sino tres días después del señalado primeramente. Circunstancias inevitables así lo exigieron.

A las cuatro de la tarde comenzazaron á llegar los convidados á casa de Angela.

Antes de aparecerse allí Tomás y Sotero, fueron por Teresa y Rosaura para traerlas.

Cuando desembocaron en la plazuela del Zacate, de la cantina que se hallaba á mano derecha, salieron, al

mismo tiempo que ellos pasaban, tres individuos del pueblo, enteramente embriagados. Uno de ellos, el que se arrastraba en medio, sostenido de los brazos de sus compañeros, con la boca espumosa y abierta y el rostro congestionado y torvo, les echó la vista encima; intentó detenerse, hizo ademán de safarse de las manos de sus amigos para abalanzarse al grupo, pero sus colegas lo retuvieron, llevándosele á rastras por la calle adelante. Al llegar al arroyo hizo un esfuerzo supremo y logró detenerlos por algunos instantes. Volteóse tambaleante en derechura á los estudiantes, que en esos momentos comenzaban á subir la calle Villavicencio, carraspeó con la aspereza insultativa del borracho, arrojó un salivazo en la línea en que iban, queriendo mancharlos con su baba inmunda, y monosilabeó con trabajo:

«Ca...nallas de co....legiales.»—Era Pablo Gómez quien así deletreaba con su lengua infamante.—Tiraron de él sus amigos, increpándolo Pancho, el novio de Teresa, por su cobarde injuria, y volvieron á meterse en la cantina. Ninguno de los apostrofados, ni aun Rosaura misma, con tener el oído atento y el sobresalto en el corazón, oyeron nada.

Apenas conversaban. Rosaura no estaba alegre como otras veces, debido tal vez á la enfermedad de su padre, que seguía mal. Sotero, resentido por la frustrada cita, sólo dirigía la palabra á Teresa. Tomás, como de costumbre, callaba.

Atravesaron diagonalmente la plaza principal del pueblo, escueta, de tanto en tanto salpicada de arbustos sin desarrollo y mezquino follaje; con su fuente seca en el centro y algunos pretiles despostillados en los

cuatro lados, á guisa de asientos, alternando con faroles sucios colocados en postes de tepehuaje; siguieron calle arriba penosamente, contenido el aliento por la fatiga, y torcieron á la izquierda por un callejón tortuoso que desembocaba enfrente de la casa de Angela. Ya estaban allí los convidados esperando únicamente á los recién llegados.

Daban la media para las cinco con la campana mayor. Apresuradamente salieron todos á la calle formando en dos hileras para dirigirse á la Quinta. Al llegar á la del Camposanto, por lo abrupto del piso, desfilaron á lo largo del muro de las casas, á trechos separadas por tecorrales, á trechos por trancas de golpe; alegres, charladores, bulliciosos, corriendo á veces los donceles y traveseando las mozas Al cuarto de hora toparon de manos á boca con la ba-

rranca que limita ambas colinas, la central y la izquierda, la cruzaron saltando sobre gruesos guigarros alineados dentro del cauce: las mujeres con las faldas levantadas para no mojarse, enseñando el nacimiento de las piernas y dejando al descubierto los pies menudos, y los hombres con el sombrero en una mano, empujándose unos á otros, deslizándose astutos, riendo y bromeando. Treparon la colina del Panteón, dejando atrás el gran promontorio de peñascos grises, apellidado «La Tecampana,» y descendieron sudorosos y jadeantes á la falda norte de la loma de «Xaxalpa.» Ya estaban en la Quinta.

La orquesta sonó al aire libre.

En un plano ligeramente inclinado del terreno y al abrigo de la sombra que proyectaba hasta allí el elevado cerro del Texcalchicuicuitl, sentáronse la mayor parte en el césped.

Mientras algunas damas servían los tamales en platos de *peltre* y el atole de leche en tazas anchas de loza de Puebla, los estudiantes se extendieron en la yerba cuan largos eran, boca arriba, unos con las manos cruzadas debajo de la nuca, otros con la cabeza en alto, apoyada en un canto que a lre le rodaron de la ladera. Sólo Nacho ayudaba á las señoras en el servicio. Intempestivamente se presentó Chuco, un tipo bonachón, joven aún, regordete, de cara redonda y pecosa, ojos inexpresivos, nariz ancha y enorme, geta acariciadora, pero de carácter sugestivo; con un guajolote en brazos y el rifle á las espaldas.

—A cinco centavos el tiro, muchachos, y á trescientas varas.

—Colócalo, le dijo un joven imberbe, de pelo chino y color negro, que pasaba en el pueblo por buen cazador.

En mitad de la pendiente de la loma del Camposanto colocaron el blanco. Disparó el de pelo chino tres tiros sin éxito; fué otro á substituirlo, disparó dos y nada; tomó el arma Tomás, disparó cuatro, lo mismo; se la entregó á Nacho que se contentó con uno, él que pasó á tres metros de distancia del totole; los demás no quisieron. Los tiros subían ó bajajan y el impasible guajolote ni se movía siquiera.

Nacho dijo de pronto: «Vaya, somos unos chambones, pero éste si acertará,» dirigiéndose á un joven de barba azafranada, de tez blanca, de ojos azules y de un aspecto dulce, el cual observaba los disparos sonriéndose con bondad.

—Ora tú güero, siguió diciendo, tú sí que pegarás.

A las tercas instancias de todos cogió el arma el apostrofado, se la

echó á la cara, amartilló, y sonó el tiro. Rodó por la ladera abajo, aleteando en agitadas convulsiones, el pavo.

Festejando el caso sentáronse todos á la redonda para merendar. Entre sorbo y sorbo de atole hablaban á gritos para dominar el sonido de los instrumentos. De cuando en cuando alguno maliciosamente rozaba con su rodilla la pierna de la inmediata dama y no faltó quien, atrevido, apretase la mano de su novia diciéndole al oído frases crudas. Cuando concluyeron cada cual buscó su pareja para bailar.

Era el momento del crepúsculo. El sol, al hundirse en el abrupto horizonte, ribeteó de color de rosa las sutiles nubes, que como copos finísimos de algodón, rodaban lentamente al mediodía. Un viento fresco y vivificador venía de la cañada y

producía en los organismos exquisitos de las mujeres, á esa hora de melancolía deliciosa, eróticos extremecimientos. Los buitres en busca de sus nidos en los acantilados ó del abrigo protector de las umbrosas copas de los amates que ascendían diseminados á la montaña, cruzaban el espacio, silbando con las alas en su vertiginoso vuelo; y allá, en los derruidos muros de la casa de la Quinta, lanzó al aire su lúgubre graznido la lechuza.

Rosaura apartóse al borde del arroyito que dividía por mitad el valle en miniatura, para lavarse las manos en la clara linfa, sentándose indolente en una laja.

La siguió Sotero, sentándose á su vez cerca de ella en un pequeño montículo.

—Ya ves, la dijo con resentimiento—nunca creí que me engañaras,

Te esperé en vano varias veces.....

—Qué quieres, no depen lió de mí; dificultades que no se preveen y en que menos se piensa; además, mi pobre padre.....

—A tu padre, la interrumpió Sotero—pueden cuidarlo tu hermana y tu mamá! y para un rato tan corto qué ibas á tomarte!

—Pues no, no pude.

—Si tú hubieras querido.....

—Te digo que no pude.

Repentinamente en los lirios oscilantes dentro del cauce, se posó una libélula de delicadas alas matizadas. Al chapoteo del agua voló rápida á una yerba que simulaba verde cabellera flotante extendida en la límpida superficie; vibró un instante para quedar inmóvil.....

—Te veo displicente—siguió diciendo Sotero, tras una breve pausa —¿qué tienes?

—Nada.

—Sí, estás seria; ¿por qué?

—Oh! nada tengo—y se paró bruscamente para irse con sus amigas, sin dirigirle siquiera una mirada.

Avergonzado y un poco iracundo tendió la vista indecisa en la lejanía; pensaba en el carácter voluble de su amada, en sus caprichosas manías, y en esos arranques de injuriosa tosquedad. Suspiró al fin, barbotando esta frase: «Qué le vamos á hacer!»

. . . . . .

Cuando volvieron á la ciudad ya era de noche.

En el término de la calle del Camposanto, se despidieron del grupo Tomás y Sotero para acompañar hasta su casa á Rosaura y Teresa.

Volvían callados.

Ya para separarse, Rosaura cambió de humor y dijo al oído de Sote-

ro. «Suceda lo que quiera, el día primero sin falta, cumpliré mi promesa..... Oye, á las once de la noche..... no faltes..... En mi casa..... entras por la tranca, te esperaré en el corredor. No te acompañes de nadie, lucero»—y le apretó vigorosamente la mano llevándosela al corazón.

Sotero sintió que le invadía todo el cuerpo una suprema dicha, inmensa, inefable, embriagadora; pues sabía perfectamente que cuando Rosaura afirmaba una cosa con la decisión y el convencimiento de su naturaleza obsecada no había poder humano que la hiciera cambiar de opinión. Así es que la cita era segura.

Al momento nada dijo á Tomás, esperaba á sorprenderlo con la feliz nueva al acostarse, cuando estuviesen solos para saborearla.....

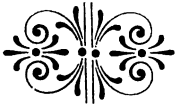
Por el camino, de vuelta se encon-

traron con Basiliso, que á su vez llevaba á Juanita y Jacinta.

La hermosa miniatura colgaba del brazo de su primo. Se saludaron. Al separarse de nuevo, Tomás dijo quedo á Basiliso: «No te duermas, hijo, tróvale!.....

Este sólo contestó con su eterna sonrisa.

¡Qué iba á decirla nada el muy pazguato!



XII

LLEGO el primero de Noviembre.

Las horas de la mañana pasólas Sotero en excitación febril, reconstruyendo la escena en su desbocada fantasía que, indudablemente, se desarrollaría por la noche á la hora de la cita.

Esperaba con ansia á que volara el tiempo.

Iba y venía sin dar tregua ni descanso á su ardorosa imaginación de romántico que ya bordaba de poéti-

cos matices aquel hermoso pasaje de su vida.

Había ya atardecido cuando tomó su sombrero de cartera de la percha inmediata al lecho y su bastón de estilete que se hallaba recargado contra el muro en el ángulo derecho del fondo de la alcoba, para dirigirse casa de Basiliso. Allí estaba Tomás.

Llamó al zaguán con la contera de su bastón, salió á abrir una criada que lo hizo pasar por el corredor entrándolo en el estudio de su camarada.

—Vístete, indicó el recién llegado á Basiliso, ¿no vamos á las ofrendas?

El interpelado por toda contestación sonrióse haciendo un gesto afirmativo con la cabeza: abrió un ropero de cedro que se levantaba contra la pared de enfrente, sacó su vestido negro de paño, que cepilló lenta y cuidadosamente, extendiéndolo sobre

la cama, y poco á poco se despojó de las ropas que vestía.

Tomás y Sotero, entretanto, se apartaron á una esquina de la pieza en que aparecía, en la penumbra, sobre un tosco pedestal, la imágen yacente de Juan Diego, con el ayate desplegado adelante, mostrando estampada en sus gruesas mallas, la Guadalupana.

—Es obra de Cervantes, de Chilalapa, hizo observar Basiliso, á tiempo que metía sus crasas piernas en el pantalón.

—¡Qué bien hecho está esto! exclamó Tomás.

—¡Toma! ¡Ya lo creo! respondió Sotero. Es muy buen escultor ese Cervantes.

—Un recuerdo de familia, siguió diciendo Basiliso, parece que costó caro á mi tio el señor cura, anudándose al cuello la corbata de lazada.

—«Orlando Furioso», leyó Sotero en el lomo de un grueso volúmen que tomó de la mesa de noche, de sabino, que se hallaba á un lado del lecho; sobre un fajo de papeles, cerca del tintero de latón y libros desencuadernados y en desorden.—¿Con que lees á Ludovico Ariosto? ¡Divino poema!

—¿Y esta mascarilla? preguntó Tomás al tomar de una columna de yeso, jaspeada de amarillo, arrimada al ángulo opuesto, un exvoto de obsidiana de nuestros antepasados.

—Me la regaló tio Mingo. Tiene además en su casa, un ídolo del tamaño natural. Todo lo encontró, con otras chucherías, en una excavación que practicó en un mumixtli de Telixtac. Ahora lo verán ustedes, de seguro va á adornar con eso la tumba de su mujer.

—¡Ah, vaya!

—Listo, profirió Basiliso que se caló el sombrero de anchas alas.

Al salir el último entornó la puerta de su cuarto; en el corredor paróse bruscamente Sotero y poniéndosele enfrente le preguntó:

—¿Qué no llevas tu plaid?

—Hombre, sí, contestó el interpelado.

Las sombras de la noche invadieron á medias la ciudad. Del horizonte surgió la plateada luna enviando á la tierra, al morir el crepúsculo, sus amarillentos rayos. La atmósfera pura y fresca acariciaba los rostros y permitía distinguir á distancia los objetos. Casi se conocia á las personas. Un bullicio de fiesta murmuraba con zumbido de enjambre, por todas las calles céntricas. De las casas salían vivos resplandores que alumbraban el arroyo y los muros de la acera opuesta, dibujando rec-

tángulos luminosos. Las siluetas de la muchedumbre que iba y venía se alargaban con perfiles y contornos fantásticos. El pueblo en peso visitaba las ofrendas. En Teloloapan, como en otras poblaciones del Estado, se acostumbra á levantar, en memoria de los difuntos, improvisados mausoleos, en el interior de todos los edificios. Imitan unos, sepulcros caprichosos; otros, soberbios catafalcos, y otros, sencillamente féretros; pero todos alumbrados profusamente con velas de cera, muestran, aquí, platos de fruta de horno, allí figurillas de queso y mantequilla; á este lado, escríbense en cartones con caracteres gruesos, sonetos y cinerarías, á este otro, se coloca el retrato del difunto, y por todas partes, míranse coronas de papel negras, de grenetina, ángeles pintados en posiciones imposibles y llorando á lágri-

ma viva, botellas de licor, de vino de consagrar, harina, ojaldres y calaveras de dulce, sin faltar en los de los indios, los tamales nejos y el mole poblano que á media noche despachará irremisiblemente el muerto; y arriba y abajo y aquí y allá, velas, cirios, y bujías alumbrando la estancia con resplandores de sol.

Nuestros personajes se unieron á la multitud. En la calle de las Sánchez y á tiempo de embocar un extrecho callejón, se hicieron los encontradizos con una porción de jóvenes alegres que reían y charlaban ruidosamente, jugando á empujarse. Iban allí Jacinta, Angela y Manuela. Despues de saludarlas las acompañaron, arrastrados por el tumulto que seguía adelante.

Entraban á diestra y siniestra, sin preferencia, sin voluntad, maquinalmente, en todas las casas alumbra-

das; á veces tomaban asiento para descansar un poco, á veces apenas si tenían tiempo de pararse y mirar á vuelo de pájaro los diversos adornos de las tumbas.

Poco antes de las once de la noche, Sotero inquieto y nervioso, logró apartarse del grupo, que en esos momentos traspasaba el umbral de la casa de tio Mingo; tomó de los hombros de Basiliso su plaid obscuro y de su cabeza el sombrero de anchas alas, substituyéndolo con el suyo y le dijo al oído:

—«No tardo, manís, en seguida te traigo esto . . .»

Tomás que conoció sus intentos lo siguió diciéndole: «Voy contigo.»

Sotero se paró bruscamente y contestó:

—No tardo, hermano, espérame.

—No, voy.

—Te suplico que nó. Lo agradez-

co, pero te aseguro que no conviene.... ¿Dónde los hallo?

—¿Pero no tardarás?

—Ni media hora, querido.

—Bueno.... Dentro de poco estaremos en la casa de Nacho.

Se despidieron en una obscura encrucijada. Tomas vaciló un poco, quiso seguirle á pesar de la promesa de no acompañarle; más á ese tiempo divisó á sus amigas y se unió á ellas.

Sotero echó á correr, rozándose con el muro de las casas para esquivar toda mirada, en derechura á la casa de su amada. Saltábale el corazón de gozo; notaba por la emoción quizás cierta opresión en el pecho que no le dejaba respirar á sus anchas; corría por todo su cuerpo un leve estremecimiento, lo subyugaba el sobresalto y sentía la obseción del miedo; ¿por qué?

Repentinamente dió de hocicos en la tranca de golpe y la escaló, sin el más leve ruido.

En la esquina inmediata á la casa de Rosaura, un bulto se revolvió con suavidad felina dentro del hueco de una puerta cerrada, y á merced de la sombra que proyectaban los tejados vecinos, otro se irguió de improviso, como si brotara del centro de la tierra. uniéndose ambos, recatados siempre de las gentes. Eran Pablo y Pancho.

—¿Ya ves? dijo aquel muy quedo y con la voz inmutada por la ira. ¿Ya ves? . . . ¡Qué infame . . . !

—Bueno ¿y qué? Vámonos . . . Ya les viste . . .

—No, no me voy; espero á que salga ese colegial.

—¡Chula cosa! ¿Qué adelantas con eso? Vámonos, estamos haciendo un mal papel.

—Yo me quedo. Espérame en la otra calle.

—Bah! ten cuidado, separándose.

Apenas había dado Pancho unos cuantos pasos se volvió apresuradamente y le dijo á Pablo:

—Resueltamente te quedas?

—Ya te lo dije.

—Mira, no vayas á hacer una barbaridad, ¡eres tan bruto! Déjala, ¡hay tantas mujeres! Izque ora. ¡No te comprometas, bárbaro!... ¿No tardarás?

Pablo respondió con un gruñido. Su resolución estaba tomada. Tiempo hacía que lo había pensado ..... lo raro era que no lo hubiese llevado á cabo antes.. Qué extraño le parecía que se desarrollaran tales escenas ante su vista ..... nada, uno ú otro, decididamente, iba á dejar de existir. ¿Y por qué vivían aún los dos..?

Permaneció inmóvil, arrima lo con-

tra la puerta cerrada, conteniendo el aliento, con la mirada fija en la tranca.

Sotero encontró en el extremo del corredor á Rosaura, que lo esperaba risueña y limpiamente trajeada. Lo tomó de la mano y lo condujo sigilosamente al punto opuesto, sentándolo entre unos costales de maiz y una mesa desvencijada, colocándose ella á su lado sobre un poyo. Apenas cuchicheaban. De tanto en tanto percibíanse rumores de besos y suspiros reprimidos, que hacían adivinar abrazos apretados. Alguna vez se oyó el respirar intenso de pasiones formidables en ebullición....

Un momento hubo que chirrió la puerta de la sala y temieron ser sorprendidos. Se estrecharon mucho uno contra otro, agazapados tras los bultos de maiz. No fué nada. Una

ráfaga de viento que movió la puerta. Volvió la confianza y continuaron su poema de amor....

Después de media noche, dijo Rosaura dulcemente:

—Vete, mi vida, ya es tarde; no tardará en volver Teresa de las ofrendas.

Al fin se despidieron, en pie, jadeantes, con la laxitud del placer, en el extremo del corredor, dándose el último beso sonoro, voluptuoso, prolongado, y un estrecho abrazo.

Al saltar la tranca Sotero, dudó si tomar á la derecha ó á la izquierda. Sin saberlo, su decisión resolvería de su vida. Echó á la izquierda. Al volver la esquina en dirección al centro de la ciudad, repentinamente saltó Pablo de la sombra á media calle y se le colocó enfrente, furioso, amenazante, con la respiración entrecortada y ruidosa por el coraje.

Sotero, sorprendido, instintivamente dió algunos pasos atrás, pretendiendo sacar de su bastón el verduguillo. No tuvo tiempo. Bruscamente brilló á la luz de la luna en manos del agresor, el machete de cinta que calló formidable sobre su cráneo. Oyóse un golpe siniestramente seco, como de leño destrozado, é inmediatamente otro más rudo y sordo, como el de un cuerpo que se desploma. Pasó esto con la rapidez del rayo, sin mediar una palabra, nada.

Cayó en tierra exánime el poeta, boca arriba, con los brazos en cruz, agonizante, la boca abierta, la mirada fija en el infinito azul y en un charco de sangre. Apenas exhaló un ¡ay! desgarrador.

El asesino huyó á la barranca, dejando el machete ensangrentado en el lugar de la tragedia.

No pasó más.

La soledad infinita alumbrada gallardamente con la luz melancólica de la luna, que espesaba al pie de los muros y bajo los árboles de los patios inmediatos la negra sombra, hacía de cortejo fúnebre á aquel delicado cuerpo de niño poeta.

XIII

A LAS tres de la mañana desesperanzado Tomás de la vuelta de Sotero, despidióse de la familia de Nacho y se encaminó lentamente á los lugares frecuentados por los muchos grupos que visitaban aun las ofrendas.

Pensaba que su colega, olvidándose de él, habíase entretenido con sus amigos, aunque se extrañaba de una ausencia tan prolongada.

Buscó por todas partes, interrogó

á quienes pudieran darle alguna noticia y nada obtuvo.

Asomaba ya la aurora en el Oriente cuando se dirigió impaciente é inquieto á la calle donde vivía Rosaura. Seguramente allí sí lo encontraría.

Antes de llegar notó algo inusitado en la esquina de la casa de aquella.

Ya cerca ¡cuál sería su sorpresa y el espanto que experimentó alternativamente, al ver la autoridad judicial en presencia de un cuerpo muerto, tendido en un lago de sangre sobre el empedrado. . . !

Se abrió paso hasta allá y distinguió en las facciones lívidas y desencajadas la faz exangüe de su querido Sotero.

Quedó enclavado por el terror.

No veía ni observaba. De pronto una nube obscureció sus ojos y á tra-

vés de ella apenas advertía que algunos individuos se movían acercándose ó alejándose en todas direcciones. No se explicaba el por qué. Había perdido la noción exacta de la vida. Mas su oído percibía claramente hasta los más leves ruidos: murmullos de los asistentes que se perdían en conjeturas respecto del asesino; frases de condolencia y suspiros de dolor de las mujeres, junto con las preguntas secas y graves del juez del crimen. Por último, oyó la orden de conducir el cadáver á su casa.

Siguió al acompañamiento maquinalmente.

A poco, con el llanto que bañó sus mejillas, fueron levantándose de su cerebro las brumas que lo envolvían, volviendo á enseñorearse la razón de su asiento; entonces ¡oh dolor! se dió cuenta cabal de la desgracia. ¿Pero cómo había sucedido aquello? ¿A qué

horas pasaría el desastre? ¿Y no hubo alguien que hubiese defendido á su amigo? Evidentemente que no; puesto que ya no alentaba.

Gemía y se desesperaba y maldecía en su interior de sí mismo por la imprevisión de no haberle acompañado; con él nada le hubiera pasado.. ¿y quién se iba á atrever con él? Pero lo vengaría, eso sí; ya buscaría al bandido hasta debajo de las piedras.. ¡Maldito y miserable Pablo! ¿Quién era si no él?

Tendieron el cadáver ensangrentado de las ropas, con negruzcos cuajarones de sangre en el rostro y los sesos blanqueando aun en el cráneo roto, sobre un pobre lecho.

El siniestro causó honda sensación en el pueblo; de todas partes afluían á la casa del malogrado poeta.

Al entrar al aposento personas amigas de la familia, ayes desgarra-

dores se oían aquí y allá; imprecaciones angustiosas y llantos desesperados.

Los estudiantes reunidos en grupo maldecían del destino.

—¿Y por qué no le acompañaste? —decía Basiliso á Tomás—si sabías á dónde iba?

—¡Oh! porque se opuso abiertamente.

—A pesar de eso lo hubieras acompañado,—objetó Nacho.

—No quería...no quería... y la verdad es que no quise disgustarle, —contestó dolorosamente Tomás, y agregó:

—¡Era tan bueno!

Se humedecieron sus ojos y moviendo apresuradamente los párpados bajó el rostro para ocultar su dolor.

—Esa maldita de Rosaura tiene la culpa—exclamó indignado Nacho.

—Más coqueta,—acentuó Basiliso.

—¡Prostituta!—concluyó Tomás con reconcentrada ira.

Uno de los acompañantes que formaban en el grupo, expresó:

—¡Pobre! estará apenada... inconsolable.... Según sé, le quería mucho... ella no tuvo la culpa...

Otro agregó.

—Bastante quehacer tendrá con la justicia.

Otro:

—Y la mancha que le queda.... ¿Y al malhechor le aprehendieron?

—Pst!

—Pero lo vengaré—juró Tomás solemnemente.—He de buscar á ese alevoso y bandido de Pablo;—con los puños crispados, el rostro congestionado y en la mirada la cólera, se separó á un lado del grupo.

Llamólo Angela que allí estaba con otras jóvenes de su edad y le in-

dicó que arreglase el entierro para en la tarde.

A las cuatro habia ya un acompañamiento numeroso.

Los estudiantes cargaron en hombros el féretro para conducirlo al camposanto.

Poco á poco desfiló el fúnebre cortejo.

Cuando llegaron á la barranca del panteón ya no podían los cargadores; depositaron el ataud en un altillo, mientras tomaban aliento, corriéndoles el sudor por el rostro.

Otros intentaron ayudarles, pero no consintieron.

Ascendieron pausadamente la pendiente de la loma y penetraron en la mansión de los muertos, por entre un amontonamiento de cruces, hollando la grama y rozándose con la maleza.

Al Sur, sobre el muro que la circu-

ye y al abrigo de un añejo amate, cavaron la sepultura. Colocaron el féretro sobre el talud de tierra recientemente removida entre tanto los sepultureros sacaban las últimas paladas.

A las seis, entre llantos y palabras angustiosas de las mujeres, con lazos, bajaron lentamente el cajón que sonó con ruido sordo en el fondo de la fosa. Echaron tierra...

Agonizaba el crepúsculo. El sol, al hundirse en el abrupto horizonte, ribeteó de color rojizo las delgadas nubes que manchaban aquí y allá, con tonos opalinos, el infinito azul. Soplaba con eco melancólico, una brisa fresca que venía del Norte, sollozando al acariciar las campánulas del muro, inclinando amorosa los tallos de la yerba, eterno huésped de solitarias tumbas, y esparciendo un olor delicadamente acre que vivifi-

caba los organismos.... Los buitres en busca de sus nidos en los acantilados ó del abrigo protector de las umbrosas copas de los amates que ascendían diseminados á la montaña, cruzaban el espacio, silbando con las alas en su vertiginoso vuelo; y allá, en los derruidos muros de la casa de la Quinta, lanzó al aire su lúgubre graznido la lechuza.

FIN DE "ROSAURA MUÑOZ"

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.